

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII San José, Costa Rica **1940** Sábado 13 de Abril Núm. 10

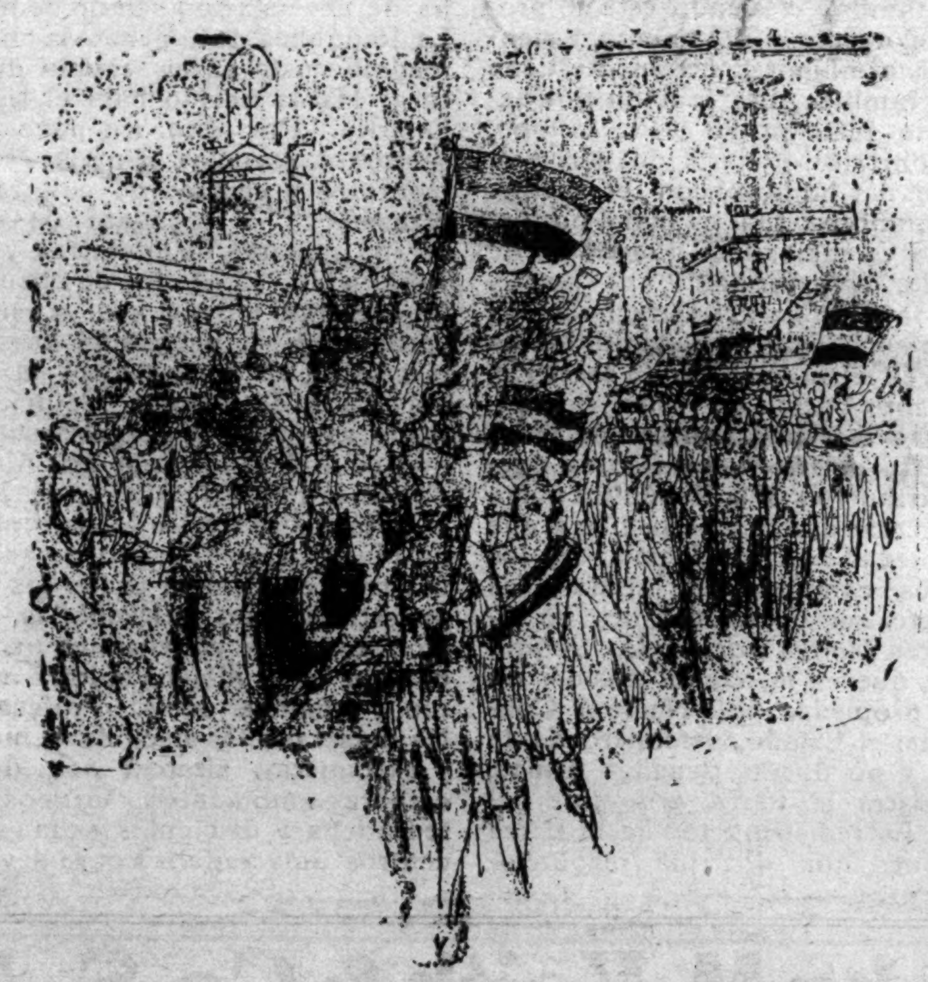
Año XX — No. 890

En este número:

14 de Abril

Santa República Española, virgen y mártir

(Colaboración para el *Rep. Amer.*)



Apunte de Aristo-Téllez

En abril del año 31 y después de una purísima concepción, nacía la República Española con un nacimiento civil; en el año 39 caía asesinada por mano militar. Jamás el mundo había presenciado un alumbramiento político con menos dolores; jamás una democracia virgen, que pudo serlo todo, incluso la perfección, había sido ahogada en tanta sangre. Jamás un régimen nuevo había sido saludado por el mundo oficial con tanto respeto por la pureza de su origen; y jamás un mundo oficial, cegato y estúpido, había asistido con torpeza mayor al asesinato de un gran pueblo. ¿Qué pecado había cometido la santa República para merecer un signo tan trágico? ¿Cuál fué la obra de la República? ¿Quién tuvo la culpa de este crimen, uno de los más gigantescos de la historia? ¿Qué consecuencias tendrá para el mundo la caída de la República Española? Vamos por partes y en la forma más breve.

Los pecados de la República

Le cortó a la iglesia el cordón umbilical que la ligaba al presupuesto del Estado. Le quitó a la nobleza feudal, para restituirlo al pueblo, el suelo nacional que la aristocracia gótica, extranjera en España, le había robado al pueblo ibero, su auténtico posesor y trabajador desde la noche de los tiempos. Mostró por la casta militar, y por la gloria militar, el más profundo desprecio. Declaró que, en aquella España donde sólo se podía adorar al dios católico judío, se podía ya adorar al buey Apis, a Dea Rumilia, a Deus Stercutius, a Deus Crépitus, o a Deus Falus.

La obra de la República

Para estudiar la obra de la República, no es posible olvidar aquella regla crítica: para descubrir el valor exacto y la significación de un hecho trascendental en la historia, hay que averiguar los resultados que el hecho tuvo y los problemas que ayudó a resolver. Así como un individuo tiene derecho a ser juzgado, no por una virtud o un vicio, sino por sus actos, así los grandes movimientos históricos tienen que ser enjuiciados con fundamento en sus efectos. Con un proceso distinto, sólo se logran falsificaciones históricas. ¿Cuál fué, pues, la obra de la República Española? La respuesta no es difícil. Trajo a la realidad de la vida española cuatro verdades fundamentales: la verdad de la política; la de la religión; la de la economía y la de la cultura.

Primera.—En el antiguo régimen imperaba la mentira política. La verdad de la voluntad del pueblo, carecía de cauces legales por donde fluir y manifestarse, pues esa voluntad era escamoteada en una colosal mistificación. Y la Nación que lo sabía, pero que no podía romper la camisa de fuerza en que la habían metido, se desentendía del *destino común* y gastaba sus fuerzas en una obra negativa: romper los frenos. Ninguna nación puede alcanzar altos fines, mientras no sea puesta en marcha *viribus unitis:* por el esfuerzo común. Ausentes el pensamiento y la voluntad nacionales en la obra solidaria, se atrofia el sentido de responsabilidad, y es imposible una política de envergadura para la consecución de un gran destino histórico. España caminaba por atrancos y barrancos, y se perdía en problemas menudos.

Una oligarquía de aristócratas idiotas, ayudada por soldados brutos en eterna rebeldía contra las leyes, *pensaba y quería* por la nación. Pero en abril del 31 advino una cosa grande: la epifanía de la República. Devuelta a la nación su soberanía, aquella *recobraba su pulso*, y el sentido de responsabilidad se agudizaba y ganaba niveles, por la puesta en marcha de la voluntad y del pensamiento de todos los españoles. Con la energía creadora inicial de la República, la nación hubiera ganado en pocos años dos siglos perdidos. Inmenso el crimen que cometieron los traidores contra la República, que era la nación misma. Aquella poderosa voluntad nacional que se anunciaba con una potencia gigantesca de creación política, se atrofiaba otra vez y España volvía a perder el pulso.

SEGUNDA.—La República trajo la verdad religiosa: es decir, la verdad en el modo de vivir la religión. Combatió pues, la mentira religiosa. Siendo la religión un puro lazo espiritual que liga el alma con el misterio total, nada contribuye tanto a corromperla como atarla al carro de las prescripciones legales. Y esta traición de la iglesia española al sentimiento religioso puro, yo ya sé que, no es defecto únicamente de la iglesia nacional, ni siquiera de la iglesia católica romana, sino de todas las religiones. Porque hay una ley histórica que declara la *evolución* de todas las formas religiosas. Una fe religiosa sólo es auténticamente tal, cuando uno se adhiere a ella *como a una presa*, como dice Hárnack. Es decir: por el entusiasmo, por un impulso irresistible interior. En cuanto uno va a ella por la *costumbre*, ocurre fatalmente el cambio. La religión vital del corazón, se convierte en *religión formalista*, en *religión de la ley*. La religión más pura, para afirmarse, para no perecer, está sujeta a este proceso de descomposición, una vez devenida *religión de la costumbre*. E iniciado el proceso, deja de ser religión del corazón. Con esta metamorfosis curiosa: una vez hecha *religión de la forma, la forma* suplanta *al contenido esencial*. La forma exterior ocupa el sitio del sentimiento interior. Y los que no viven íntimamente la religión, no la conciben sino como una *forma religiosa*. Por esto necesitan formas plásticas, sensibles, sacerdotes, música, templos, arte, ritos, luces, etc. para creerse en comercio real con el Enigma... Yo digo que, nada de esto es religión. Esta debe ser un libro íntimo y sellado; una esencia cerrada, que, en cuanto se abre a un imperativo exterior, se desvanece. Veamos ahora: la República Española al encerrar la religión en la conciencia, rompiendo sus ligaduras con el Estado, aspiró a purificarla.

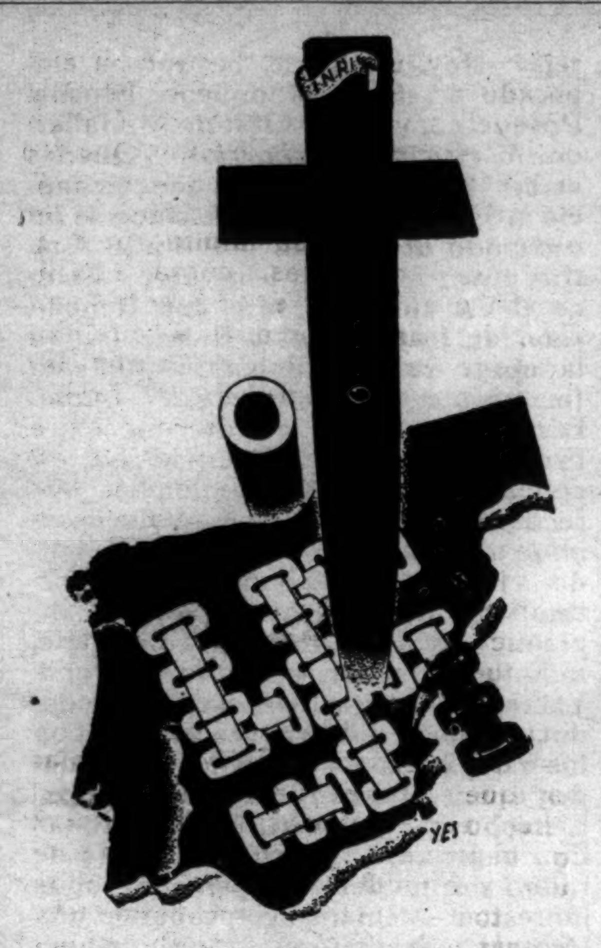
TERCERA.—La República quiso darle al pueblo la verdad económico-social, combatiendo la mentira del mismo signo. El antiguo orden social estaba basado en la injusticia. ¿Y qué es la injusticia sino la mentira del orden de la conciencia? La nación, que era la creadora de la riqueza total, estaba ausente en la distribución. Se le ofrecía, a lo más, un mínimo de condiciones económicas, como una limosna *gratis data*, en vez de la suma total de esas condiciones a que era acreedor, ya que ella las creaba íntegramente con su trabajo. El Estado republicano aspiró a crear este nuevo orden de cosas. Tenía el deber de hacerlo. Y le asistía además el Derecho (con mayúscula), es decir, la fuerza inmanente de la conciencia y de la justicia. Porque en la concepción moderna, Derecho no es una fuerza estática, sino una función dinámica, una fuerza viva, para lo porvenir, y un instrumento para mejorar la vida y la condición humanas. Ningún teórico del Derecho se atreve a afirmar hoy que éste es una forma rígida. Derecho es una relación del hombre con el hombre. Y siendo éste un producto del medio y del tiempo, y siendo éstos cambiantes, cambiante tiene que ser también una función que expresa esa relación en cada tiempo. De lo contrario, dejaría de ser una ecuación del hombre con el medio. Y si el hombre actual es malo, porque el medio es malo, hay que tratar de mejorarlo, transformando el medio. Esta es la filosofía del Derecho en las escuelas socialistas. Y estando la raíz del mal en el monopolio de la tierra, instrumento básico de toda riqueza, es forzoso ir a una revisión de la letra muerta del Código, para una nueva redistribución. Y la República quiso ir a la redistribución de la tierra, que es propiedad de la Nación. Si las aguas, los caminos, los montes, las minas, etc. son declarados hoy en todas partes *bienes nacionales*, ¿cómo el suelo, que es la nación misma, no va a ser propiedad de la Nación? Consecuencia: el Estado, personero de la Nación, y no dueño, tiene los títulos, y administra la tierra a nombre del pueblo. La redistribución de la tierra no es, pues, una doctrina revolucionaria, sino un postulado democrático. ¿Qué puede oponerse a esta teoría jurídica? Pero el feudalismo español, invocando el *noli me tángere*, prefirió ver a su Patria por el suelo, antes que la mano justiciera de la República tocara su *statu quo*. Tanto peor para él.

CUARTA.—La República trajo la verdad de la cultura. Si antes, los bienes del cuerpo no llegaban a la Nación en la proporción justa, menos llegaban aún los dones de la mente. El pueblo era un diamante sin pulir. Pulirlo fué el empeño máximo de la República. Ninguna nación había superado a ésta en celo por la instrucción y por la dignificación del maestro. Este fué equiparado al diputado en la categoría del sueldo. ¿Qué puede oponerse a esto? ¿Por cuál razón un diputado que frecuentemente no hace nada, gana un sueldo de lujo, mientras el maestro que construye la catedral espiritual de la Nación, piedra a piedra, ha de devengar un salario de hambre? La República fué generosa hasta la magnificencia en el servicio de la cultura. Había nacido bajo el signo del Espíritu. Por esto, en pocos meses sembraba escuelas, grupos escolares, institutos y centros de cultura especializada; y al mandato de su *fiat*, creaba millares de maestros y los elevaba a la categoría de institución fundamental del régimen. A este ritmo vertiginoso y acelerado, España hubiera sido en pocos años la nación más culta de Europa. Coincidía este ritmo ascensional, con el descendente que se había iniciado en Alemania, donde la frente luminosa de Minerva se estaba oscureciendo bajo el casco de Marte. Una eclosión de saber había roto en España todos los diques ancestrales, con la República. La Nación entera se convirtió en un Ateneo en que se prodigaba cultura multiforme a máximas dosis. Profesores de las más variadas disciplinas, indígenas y extranjeras, alzaban por doquiera cátedras ambulantes. Grupos de catedráticos y discípulos salían de los centros universitarios para llevar a los

pueblos más humildes las alegrías del espíritu, y sembrar inquietudes. Era un espectáculo jamás visto. Los que venían a estudiarnos, no salían de su asombro. Los que con el Chamberlain de marras nos creían una nación muerta, vieron que las reservas vitales de la raza eran superiores a las de cualquier pueblo. Todo se animaba al grito creador de la República: levántate y anda. Para hallar un fenómeno parecido, habría que buscarlo en el Renacimiento; cuando Erasmo, que estaba necesitado de ropa, decía: con el primer dinero que gane, me compraré... ¡libros griegos! Libros, libros, libros, era el verbo de la República. Ferias periódicas del libro; días del libro; propaganda del libro; regalos de libros; culto del libro; hambre de libros. La generosa República, repartió bibliotecas a millares. Ahí está en la Biblioteca Nacional de Costa Rica, la «Sala de España», que debería llamarse: «Sala de la República Española». Esta fiebre de leer, fué la enfermedad de la República. Y la idealista República que proclamaba en la Constitución la doble nacionalidad de los americanos (incluso los brasileños) *con* o *sin* reprocidad, consagraba de lleno este derecho, admitiendo sin reservas mentales a la comunión de la vida española a todos los americanos. Los que, de este modo, intervenían en la política española y combatían al gobierno español con más libertad que al suyo en sus Patrias, y ocupaban cargos públicos. Hubo americanos que fueron gobernadores civiles de provincias. Vaya como una bandera de enganche el nombre de Rufino Blanco Fombona, que fué gobernador de Murcia.

Bastaba un requisito para merecer el más alto cargo: ser intelectual; estar marcado con el signo del Espíritu. Una cultura mental, era la llave de oro para entrar por derecho propio en España y hacerse un lugar al sol en la generosa República.

Hasta los centros españoles de ultramar se vieron contagiados de esta fiebre de cultura. Y los que eran «Casas de España», es decir, jugaderos, bebederos, habladeros y bailaderos, se trocaron por arte de magia en Ateneos, donde se hacía cultura por el contagio de la Madre Patria. Entonces sí que España era la Madre Patria. Entonces sí que fueron los verdaderos días del Imperio Español. Casa de España en Costa Rica, ¿me dejarás mentir? Este afán de cultura, fué la gloria máxima de la República. Traída ésta por el voto de una nación dirigida por un grupo de mentalidades poderosas empapadas del magma de la universal cultura, sus primeros anhelos fueron la despensa y la escuela. El sueño de Costa hecho carne. Jamás fué tan grande la República, como cuando declaraba por boca de Azaña que, ella *no aspiraba a ser un pueblo fuerte sino próspero y culto.* Por esto relegaba a cuarto o quinto orden la máquina militar; fuerza ciega



Programa militar - fascista «Por una España grande . . ., libre de la civilización democrática.»
(De *Ayuda*, Madrid)

estúpida y retardatriz de la civilización y de la fraternidad humanas. Ningún régimen superó a la República en su desprecio por la fuerza. Complejo inferior que, todavía hoy es el sueño de brillantes papanatas; pero que los pueblos, eterna carne de dolor, han de destruir algún día. Advenido otra vez con Franco el reino de la barbarie; con el grito de «muera la inteligencia»; con la supresión de los centros de instrucción; con los autos de fe contra los libros; con la prohibición de leer *libros malos;* con la censura eclesiástica; con la muerte o prisión de los intelectuales; con el imperio sobre la Nación de un clero repugnantemente analfabeto, intolerante y estúpido ¿qué suerte le espera al Espíritu en España? ¡Hombres reaccionarios de América que habéis aplaudido al traidor, ¿esta obra infame es lo que habéis aplaudido? Y tú, Franco, que has matado a la Libertad y al Espíritu; que lo has matado todo en España, ¿qué haces, que todavía no te has suicidado?

¿QUIÉN TUVO LA CULPA?

Cuál más, cuál menos, casi todas las naciones tuvieron su tanto de culpa en la caída de la democracia española. Del desarrollo de este punto, pensaba yo hacer la *tour de force* de mi artículo. Pero, a la hora de darle forma, desisto. Tengo el alma demasiado llena de rencor contra los hombres, para que mi pluma (que escribe en mi sangre) pudiera contenerse en límites de prudencia. Tendría que llegar hasta los dioses, y no precisamente para cantarles alabanzas. Yo no he nacido para cantar a los dioses... Me callo, pues, pero no sin hacer una salvedad antes. Al decir *todas las naciones*, distingo entre gobiernos y pueblos. Todos los pueblos estuvieron con el pueblo español: y esto, no lo olvidaremos. Sólo una nación, gobierno y pueblo a la vez, estuvo a la altura de su deber. Españoles: ¡Gloria a Méjico!

Pero, tampoco quiero llevar la economía de las palabras, hasta el punto de ocultar todos mis sentimientos. Algo tengo que decir. Los ángeles que ayudaron a Franco a destruir el presente y el futuro de España, inventaron un pretexto especioso para sus gloriosas hazañas: el color *rojo* de los españoles. Con aprobación tácita del Papa y de los poderes del mundo, se inventó una jurisprudencia nueva: no es pecado matar *rojos.* Además, se hizo del *antirrojismo* y de la civilización, una sola causa. Sólo matando *rojos* se salvaba la civilización. Y mataron, mataron, mataron *rojos.* Pero por una ironía del destino, cada día hay más *rojos.* ¡Y la civilización, todavía no está muerta! Por lo menos, esta noticia no ha llegado a mis oídos «No es pecado matar *rojos*». Uno se rebela contra tamaña barbaridad. Porque, el comunismo, será a lo más, enemigo de *un tipo* de civilización. No de la civilización *en sí.* Hay muchos *tipos* de civilización. Una civilización es un gran complejo. Las ideas socialistas o las comunistas serán a lo más, uno de los ingredientes que entran a formar el complejo. Una civilización puede llevar el nombre del elemento preponderante. El exponente de la actual, es el capitalismo; y nuestra civilización, es capitalista. En la Edad Media preponderó la teología y su civilización fué teocrática. Desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa predominó el pensamiento especulativo, y fué filosófica. Desde la prehistoria hasta el Imperio Romano, la civilización fué colectivista o comunista; porque la *concepción comuna*, o sea la concepción de *la propiedad de la tierra en común*, fué el elemento preponderante en las civilizaciones precristianas en todo el mundo. Hoy, a la *civilización occidental*, se le llama también *cristiana.* ¡Tremenda mentira! Europa no ha vivido jamás una *vida cristiana.* Yo afirmo que, un estado de conciencia: una fe en algo, por ejemplo, en el Cristo, no es ser cristiano. Ser cristiano es *vivir la vida que viviera* el Cristo. Si yo me llamo demócrata, y *no vivo* la doctrina de la democracia, miento.

Un tipo de civilización desaparece al empuje de otro tipo. Pero, desaparece sólo alguno de sus elementos principales. Técnicamente: su elemento *epónimo.* El resto de elementos del complejo, queda a salvo. La civilización, pues, continuará, aunque cambie de *epónimo.* Pero no desaparece. El mundo, que obedece a leyes biológicas, que son deterministas, marcha siempre adelante. No se olvide que,

la gran ley de la vida declara la evolución de todas las formas.

Dentro de la civilización que vivimos, los tres ángeles (o demonios) exterminadores de España, fueron saludados por la burguesía mundial, como los caballeros del ideal. Habían destruído una Nación y la ley fundamental que ella se dió, para salvar la *idea cristiana*, identificada con el capitalismo. ¡Como si capitalismo y cristianismo cupieran dentro de un saco! Nada hay más anticristiano que la acumulación de riqueza. El Papa lo sabe, pero se sacude las orejas. Y envió sonrisas y bendiciones a los que hacían anticristianismo práctico y puro. Hoy, el mundo va saliendo de su sueño, al ir conociendo a los *caballeros del ideal*, que uno tras otro van sacando las manos de los guantes diplomáticos y enseñando el juego. El primero de los caballeros, doncella pura, ya ha estrechado las manos del Señor de los Rojos. El segundo, excelente actor, se las estrechará también cuando baje el telón y suene la hora de la verdad. Esa hora a la que tanto teme Mussolini, a pesar de los *ardenti*, de los arditi, y de todos los epítetos fabricados con alcohol de vinos italianos en los talleres fascistas. El mundo sabe ya su poco, su *gran poco* de lo que son y valen los tremendos guerreros del Duce. Y el Duce... también lo sabe. Y su socio... también. Y Guadalajara... también. Si un mundo ciego y tonto no le hubiera atado las manos al gobierno español, el mundo hubiera visto Guadalajaras en paleta. Pero, ya no hubiera visto problemas en Europa a la hora presente. ¡El soldado del pueblo español hubiera estrangulado todos los problemas en los campos de España! Pero un mundo oficial tonto, sólo permitió un Guadalajara. ¡Peor para el mundo, porque ahora va a ver Sedanes a montones. E Ipreses, también. Entre tanto, el Duce sigue en *Duermes*, como podía seguir en *Aries*. Ya no hace piruetas heroicas. Ya no amenaza a los Cinco Continentes. Prudente y zorro, calla, calla, calla. Y si algún día le hacen hablar, hablará... en ruso. Y Franco... también. La diplomacia tiene tintas especiales para borrar lo que hizo ayer. Con cambiar un guante *político* por otro *económico*, estrecha cualquier mano. Lo demás viene por etapas y por sus pies. *Nihil mirari*. Pero ya, no nos admiramos de nada. Casi no sabemos lo que es verdad y lo que es mentira. Y el carro de la Historia marcha por pedregales a una velocidad que no da tiempo ni para escribirla. Porque, cuando queremos explicarnos un hecho que está *en marcha*, es decir, *haciéndose*, ya la Historia está componiendo otra página. Con unos cuantos hechos, se tejía antes un siglo de Historia. Hoy, sólo hay tiempo para hacerla. Los mágicos gusanos que urden su tela, no dan lugar para más. Ayer, por ejemplo, ante el dolor de España, todo el mundo oficial reía. Hoy, ya no ríe. La que ha empezado a reír, es la doliente España. Porque como dijo Ossorio y Gallardo, *la risa va por barrios*. ¿Queréis verlo? Escribid: Albania, que reconoció a Franco después del Duce, *se ha escapado del mapa*. Escribid: Austria, cuyos magnates felicitaron a Franco el día en que Madrid fué tomado «en San José de Costa Rica», (según la aguda frase del polemista Octavio Jiménez), *se ha escapado del mapa*. Escribid: Polonia, que reconoció a Franco después del Furer, *se ha escapado del mapa*. Finlandia, que reconoció a Franco, *casi se ha escapado del mapa*. Y Bélgica, y Holanda, y Suiza, cuyos gobiernos, se portaron tan descortésmente con los diplomáticos de la República Española, *todavía no se han escapado del mapa*. Y Francia ¡hasta Francia! cuya conducta con el gobierno español y con los refugiados no podremos comprender nunca, *todavía está en el mapa*. E Inglaterra, también (¡qué lástima!) En cuanto a Inglaterra, culpable de todo, y que debía pagar por todos junto con Alemania, yo propongo una fórmula conciliatoria. Que ninguna de las dos encuentre gatos que les saquen las castañas del fuego. Que sean ellas los dos gatos de la fábula de Kilbur, que se ataquen con tanta furia que, de ellas no queden ni los rabos. El mundo les quedaría agradecido.

CONSECUENCIAS

Desde que *uno* ha aprobado la subversión del orden constitucional y legal en un país, ha aprobado en principio la subversión del orden jurídico en todos los países. Y siendo el orden legal el Estado mismo, ha admitido la licitud de la subversión de todos los Estados. Y siendo el Estado el personero de la sociedad, ha admitido la licitud de la subversión de la sociedad. Es, pues, un anarquista. Un auténtico y terrible anarquista. Las cosas son como son. Y por la lógica doctrinal, tiene que estar conforme con la lógica de todos los países. El que aprobó la obra de Franco, tiene obligación de aprobar la obra del Japón en China; la de Mussolini en Abisinia y Albania; la de Hitler en Austria, Checoeslovaquia y Polonia; la de Stalin en Finlandia. Y lo que haga mañana cualquier bárbaro en cualquier país, incluso el suyo. El que aprobó la destrucción de una nación por un Franco, no tendrá derecho a protestar de la destrucción de otra nación por otro Franco. La lógica tiene derechos terribles. La lógica es la justicia de la razón, como la justicia es la razón de la lógica aplicada a los hechos. Y si tú que me lees, diputado, intelectual o banquero; ciudadano de no importa qué país, de las Quimbambas o de las Batuecas o *in partibus infidelium*, o miembro de un *Comité* o carabina de Ambrosio de *dos cañones*; si tú, digo, aplaudiste a un bárbaro destructor, no tendrás derecho a quejarte si tu patria es arrasada por otro destructor. Tendrás que callarte. Te lo mandan la lógica y la justicia. La lógica te enseña que sentado un principio, ella no está satisfecha hasta no sacar la última consecuencia. Y la justicia te manda medir con un rasero igual dos acciones iguales. Los que no se conmovieron ante el dolor de la España republicana, y después llenaron el mundo de chillidos ante el dolor de Finlandia, son: o tartufos o cocodrilos. El martirio de la gloriosa España, madre de naciones y creadora de civilizaciones, encorvada bajo el peso de su historia, hizo reír al mundo oficial. El caso de Finlandia (¿quién es esta señora?) desató una ola de sensibilidad de que no teníamos noticia. Todas las barbaridades son iguales. Una barbaridad no cambia de naturaleza porque la miremos con las gafas de un papa o con las de un bolchevique. Pero el nombre de una nación sí que cambia, según se la gobierne desde la razón, o desde el asesinato. En el primer caso se llama: Resurrección. En el segundo: Sepulcro.

VÍCTOR LORZ

Costa Rica y abril de 1940.

*

La cortesía

Goethe dice: «No hay ningún signo externo de cortesía que no tenga una profunda razón de ser moral» *Virtue gone to seed* ha llamado Emerson a la cortesía. Acaso no se pueda afirmar con plena justicia que esta razón moral era sensible aún en el siglo XV; mas seguramente lo era el valor estético que cabe encontrar entre los dos extremos del franco y sencillo testimonio de afecto y las secas formas de trato social.

(J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, tomo I. Revista de Occidente. Madrid, 1930)

Sí, el imperialismo yanqui

(Colaboración para el *Rep. Amer.*)

El imperialismo yanqui crece ostensiblemente y los pueblos de nuestra América dormitan. La era del buen vecino es soporífera. El segundo Roosevelt, al inventarla, la dotó de las aquietadoras emanaciones. No se oye voz que denuncie la penetración tenaz. Todo es aprobar las entregas de los Gobiernos a las agencias imperialistas. Todo es resignarse a las demandas de bases militares hechas directamente por el Gobierno yanqui. Están protegiéndonos cuando piden asientos terrestres o marítimos para emplazar piezas de artillería, situar hangares o anclar naves de guerra. Están beneficiándonos cuando las grandes empresas arrancan a nuestros estúpidos gobiernos vastas zonas de territorio sobre las cuales clavan una garra feroz y despiadada. Están civilizándonos cuando nos imponen contratos de medio siglo para ser ellos los únicos dueños de nuestras rutas aéreas. Nos protegen y nos civilizan los ejecutores de la política del buen vecino. Y nos hacen callar.

Este silencio es propicio al imperialismo de la era del segundo Roosevelt que ha creado en el pueblo yanqui la imbecilidad de que la política del buen vecino ha venido a acabar para siempre con todas las causas de rozamientos entre los Estados Unidos y los pueblos de nuestra América. Mientras no acusemos, la leyenda fructificará en los creyentes espíritus de los norteamericanos que nada saben de la política seguida por el Departamento de Estado cuando necesita obligar a nuestros pueblos a la entrega de sus recursos naturales para que pasen al dominio y explotación exclusivos de las agencias imperialistas. Ignoran esa política feroz y apenas encuentran un clamor perdido, responden a él con una sensibilidad muy infantil. En la Universidad de Nuevo México, por ejemplo, el profesor Roy Samuel Adkins ha encontrado, según carta enviada a REPERTORIO AMERICANO, que el «pueblo latino-americano» no tiene razón de hablar de un imperialismo yanqui. Nos invita a leer sus periódicos y a dialogar con el «norteamericano ordinario» como medio de cambiar lo que él llama sentimientos antimperialistas. «La cosa que menos nos interesa, afirma, es la expansión». Filipinas no quiere la orfandad que le vendría si le dan libertad completa, porque los japoneses la amenazan. Cuba, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, no son colonias yanquis porque este pueblo no lo quiso. En sus manos estuvo atraparlas de una vez y sin embargo, no lo hizo porque no quiere posesiones fuera de los Estados Unidos, ni quieren las madres perder a sus hijos en guerras, ni desea nadie gastar el dinero del gobierno en expediciones de conquista exterior. Esto piensa el norteamericano cuya educación le ha hecho creer en los ideales de cooperación de la política del buen vecino. Esto piensa el norteamericano que desconoce el modo de operar del Departamento de Estado en sus relaciones de toda clase con nuestros países. Y como ese «norteamericano ordinario», como dice el profesor Adkins, es la mayoría del puebo yanqui, queremos estar un poco más con él y prolongar hasta los límites de la cordialidad el diálogo que él echa de menos como medio de desvanecer temores antimperialistas.

Nos cita el caso, para nosotros dolorosísimo, de Puerto Rico y nos dice en su modo infantil que está «seguro de que el público norteamericano les dará la independencia a los puertorriqueños mañana, si fuera convencido de que estos sentimientos fueran los deseos de todo el pueblo de la isla». Para él Filipinas está amenazada de ser presa japonesa y Puerto Rico es víctima de la propaganda de una minoría que clama o se agita por una independencia que la beneficie. Veamos con calma y preguntémosle al profesor Adkins si puede Filipinas estar temerosa de recobrar su plena independencia por no caer en las garras japonesas, cuando el Departamento de Estado yanqui acaba de declarar que no permitirá jamás que el Japón ocupe las Indias Occidentales, de propiedad de Holanda, caso de verse esta nación comprometida en una guerra. ¿No encuentra el profesor Adkins que existe en el Departamento de Estado el mismo interés vital para defender la posesión holandesa que la semi posesión yanqui?

Pero acerquémonos más a uno de nuestros pueblos y veamos el caso de Puerto Rico. Para el profesor Adkins los Estados Unidos darían mañana mismo la independencia a ese pueblo avasallado, si estuvieran convencidos de que la desea. Pero no la desea ni la aceptaría. Está satisfecho de ser la posesión del Caribe más cuidada hoy día. Y los alborotadores son la minoría que la policía yanqui recogió un día venturoso en una redada política y vació para bien de Puerto Rico en la tenebrosa prisión de Atlanta. Allí está a la cabeza de los trasnochados puertorriqueños Albizu Campos y está José Antonio Corretjer y están muchos hombres de honor tratados como bestias por el imperialismo yanqui. Sólo que el profesor Adkins no encuentra que sean las mejores mentes de Puerto Rico sino una hez que bien merecida tiene su suerte. La mayoría no quiere independencia y la bota yanqui es blanda al pisar sobre la carne puertorriqueña.

Pero es que este «norteamericano ordinario» nada quiere saber de las realidades políticas de su Gobierno. Acepta como dogma lo que su Gobierno le trasmite ya digerido por medio de escuelas y colegios. Es un horizonte limitadísimo el suyo. Nos invita a leer sus periódicos y él no los lee o no quiere sacar de sus noticias conclusiones que lo lleven a una realidad cierta. Es cierto que en sus periódicos se publican datos de mucha importancia y que estos pueblos deben aprovechar para comprender el desbordamiento del imperialismo yanqui en esta era del buen vecino. Así por ejemplo, el secreto del vasallaje del Departamento de Estado sobre Puerto Rico está revelado en un artículo de un yanqui y publicado en periódico yanqui. Se llama «Gibraltar, Isla Caribe del Tío Sam» y lleva fecha 31 de marzo del corriente año. Gibraltar es Puerto Rico, la isla que no quiere independencia según el profesor Adkins. Y no la quiere, no por el peligro japonés, el cual sólo acecha las posesiones del Pacífico, sino por servir de lecho bélico a los Estados Unidos. El articulista James B. Goldon, escribe desde Puerto Rico, viendo las obras de defensa que el imperialismo yanqui realiza en su posesión del Caribe. Dejó de ser ya «la jaqueca económica» que había sido desde que fué sometida al vasallaje yanqui, para convertirse en «La Defensa Número Uno de los Estados Unidos en el Atlántico». Los expertos militares han descubierto que es inestimable la importancia geográfica de Puerto Rico en los planes de defensa de los Estados Unidos. El Canal de Panamá está apenas a 1.200 millas, Venezuela a 600 millas y Florida a 1.000 millas. Hay tierra y mar para las más modernas armas de guerra. Las «fortalezas flotantes» tendrán su hangar en Punta Borinquen y desde allí estarán alertas en la defensa del canal y toda el área del Caribe. En San Juan, la capital, estará el reposo vigilante de los centenares de aviones de caza y de bombardeo. La bahía será drenada para que el submarino tenga espacio profundo y los cruceros de guerra pasen libremente. Más adentro de San Juan grandes piezas de artillería de campaña y antiaérea ocuparán una área inmensa para proteger la bahía y la base aérea. En esa empresa gigantesca de fortificar la isla de Puerto Rico está invirtiendo el Departamento de Estado un presupuesto de $ 40.000.000 y en menos de dos años la obra quedará enteramente concluída

El militar yanqui que cuida la isla fortificada hace juicios así: «Jefferson, Madison y Monroe conocieron la importancia de Puerto Rico desde un punto de vista defensivo. Mas en aquellos días los Estados Unidos no eran lo bastante poderosos para imponerse en el Caribe. En nuestros días, con el desarrollo de los aviones de bombardeo de alta velocidad, con gran radio de recorrido, ¿son imaginables las potencialidades de esta isla como una base enemiga? «Cualquier enemigo que tomara la isla estaría en una sólida posición central para atacar a los Estados Unidos en Sur América y al Canal. Debe mantenerse como una base contra cualquier invasor que quisiera usarla para llevar la guerra a cualquier parte de las Américas».

Aquí tenemos el secreto de la prisión de Albizu Campos y compañeros, condenados a prisión perpetua en la sombría prisión yanqui de Atlanta. Encarcelaron a Puerto Rico para acabar con la nación y convertirla en fortaleza. Albizu y compañeros hablaron, no creyeron en la doctrina del buen vecino, no se dejaron adormecer por sus fariseísmos y pidieron que el yanqui saliera de la isla y la dejara libre e independiente. Pero los yanquis la necesitaban desde Jefferson, Madison y Monroe y no la tomaron por no ser todavía un poder. Cuando Albizu Campos habló, ya los yanquis eran un inmenso poder guerrero y Puerto Rico había caído en la garra. Entonces se eliminó al defensor de Puerto Rico para que los yanquis imperialistas pudieran invertir en Puerto Rico un presupuesto elástico de cuarenta millones.

Y el «norteamericano ordinario» sigue pensando que mañana mismo podrían libertad a Puerto Rico. Cuarenta millones convertidos en hangares, en pistas y en bases submarinas pesan como la más horrible de las losas sobre Puerto Rico. Levantarla es difícil. Albizu Campos y compañeros morirán en Atlanta o saldrán de allí cuando el vasallaje esté afianzado por los siglos de los siglos. Ya no habrá lucha posible en favor de la independencia de Puerto Rico. El yanqui imperialista lo sabe y proclama la doctrina del buen vecino para adormecernos y someternos.

Pero debemos despertar del sopor y hablar y acusar. El ambiente continental está lleno de panamericanismo y buena vecindad. Nos atrapan mientras tanto. Allí está Puerto Rico como señal clara de los tiempos venturosos del buen vecino inventado por el segundo Roosevelt. Vendrán nuevos Puertos Ricos cada vez que las necesidades expansionistas del imperialismo yanqui exijan otras fortificaciones. Rompamos la indiferencia y acusemos. A Puerto Rico lo convierten descaradamente en una fortaleza y le arruinan su agricultura y sus industrias, porque allí está la posesión. Otros pueblos no ven la fortificación, pero la fortificación se hace bajo el pretexto del banano y de la pesca del atún y de las rutas aéreas. No esperemos siempre que la empresa de conquista aparezca con el rótulo denunciador. Busquemos esa empresa en la United Fruit Co. en la Panamerican Arways Inc., en la Taca. Rompamos la costra que el Departamento de Estado yanqui les pone para lanzarlas a la conquista del contrato. Veamos la realidad que esconden y de seguro hallaremos que el imperialismo yanqui mueve todos los hilos de la conquista.

JUAN DEL CAMINO

Costa Rica y abril de 1940.

Cuatro niños de un árbol

(Colaboración para el *Rep. Amer.* México, D. F., Marzo de 1940)

Sin leyenda al pie, sin nombres, como una de tantas fotografías que la guerra de España pone en circulación para entrenimiento de los lectores de periódicos, cayó una en mis manos. Luego la he visto reproducida en revistas: siempre sin leyenda, sin nombres.

Son cuatro niños, colgantes como collar al cuello de un fresno, de algún árbol salvaje en una serranía, cuando el terror de la campaña en el país vasco derrumbó con estrépito los hogares. Son cuatro niños: el menor de unos cinco años, la mayorcita de unos nueve. Sus piecesitos se alzan tres pies del suelo, enjutos, desnudos. Sus rostros divinos —sólo esta divinidad conozco en la tierra—están hinchados. Los rizos cáen deshechos y helados. Las batitas ondean al viento como banderas en derrota. La niña (María de la Luz?) tiene el gesto sereno, como cuando dormía en su cuna esperando el alba dulce y la sonrisa materna. El menorcito, con el cuello torcido, parece besar la soga. Cabezón y rollizo, enteramente calvo, con la calvicie de los tiestecillos en donde no se ha sembrado aun más que un pensamiento tranquilo: jugar, balbucear.

Yo he reconstruído esta historia sin historia. El bombardeo los echó a la montaña, dejando atrás los despedazados cuerpos de sus padres. Serían indudablemente gentes del campo, aledaños al monte. El, minero o leñador: ella, mujer de su casa: dos gigantones fuertes que habrían de envejecer cantando, mientras los hijos, generación de robles vivos, repetirían la peripecia de los hombres sin futuro, pero con una alma dentro: una alma caliente, arterial y venosa, no metafísica.

Perdidos entre los vericuetos de los osos y las frondas de los pajarillos, vieron llegar la noche; y a la mañana siguiente, la aurora entre las humaredas de una «victoria». De pronto aparecieron entre los matorrales unos hombres horribles, barbados, como aquellos bandidos del Pirineo que sorprendió Eviradno jugando a las barajas con el cuchillo entre los dientes. Ebrios de odio y de guerra: espantosos como los hombres que se despeñan en el negro furor de las guerras civiles, vieron a los niños. Y los niños se atrevieron a sonreír. Quizás, meses atrás, conocieron a esos caminantes que llevan tortas de miel, confitería de pueblo o juguetes de trapo, y ahora extendieron la mano balbuceando una limosna.

María de la Luz, la de nueve años, hizo talvez una dulce zalema, una reverencia de niña campesina, que sonríe al viandante y le dice: «Entrad, señor. Papá está en casa!» Y el menorcito, apretado contra ella, llenando con su llanto la noche toda y el amanecer, ronco y húmedo de rocío y de lágrimas, soltaría una de esas obscuras algarabías de niño, ininteligibles al lenguaje, pero evidentes al corazón. Todos indecisos, todos pálidos, todos sucios.

Y el más horrible de los bandidos gritaría, como la hiena antes de excavar la fosa:

—Los oseznos! He aquí los oseznos! Buena redada...

—Lo que es éstos se van a reunir con sus viejos, ahora mismo.

—No hay que dejar ni raíces de esta mala hierba.

—Si los dejamos, serán bandidos como sus padres.

Los ojos del hombrón andaban ya buscando ramas. ¡Hay tántas en un bosque!

Estaban los nogales llenos de bellotas maduras, y las frondas muy apretadas. Algunas rodaban ya por el suelo. Iba avanzando la mañana color de sangre. Y los grandes lobos de fusil al hombro reían en el bosque como chacales: risa lúgubre, resonante como los gritos en las tumbas.

No había muchos metros de cuerda; apenas unos tres. Era difícil hallar buena soga para toda la «manada». Pero rodeando el tronco del fresno, del roble, del nogal, sí habría para todos.

Por las venas de los niños corría un temblor desconocido. Creían oír voces lejanas, dulces palabras en la brisa, centelleos de recuerdos, ternuras de un hogar que ayer todavía estaba encendido, con penacho azul hacia el cielo.

Comprendieron. Había que morir.

Y como la inundación, que trae primero consigo grandes ondas, palos y piedras, y luego adelgaza el hilo de sus aguas hasta no ser más que un murmullo, la queja de los niños comenzó por grandes alaridos, luego por gemidos, últimamente por quejas apagadas y murmullos ahogados...

Había que morir.

* * *

Los soldados descendieron de la sierra cantando, vaciando el vino. El hombrón agitaba en la mano izquierda, un zapatito pequeño, tan pequeño que parecía un dedo de guante.

Cumplieron el parte sin novedad. El dato saliente de la jornada fue el de una limpia de osos tiernos en la serranía. Y como anécdota curiosa, los osos del país vasco usaban zapatitos.

* * *

Por esos días, la señora condesa de X rogaba en su preciosa capilla, allá en la hacienda andaluza, por el triunfo de las armas de Franco; por la causa de la civilización, de la religión y de la paz. Afuera, en el patio del castillo el cura bendecía a los soldados en pie de marcha. Bandadas de palomas surcaban el aire azul. El amansador volvía del llano custodiando a la condesita.

En el silencio de la capilla, sobre una lamparilla de luz roja, una Madona sonreía con el niño en los brazos, mientras uno de sus cabellos, extensos y lacios, rodeaba el cuello del niño dormido como una soga de amor.

El dueño de la hacienda despide a la «compañía» con palabras sacramentales: Id, por la justicia, por la gloria de España.

Y el horizonte velaba, entre nubes suaves, las montañas azules, que ondeaban a lo lejos con la serenidad de un mar en reposo.

RAFAEL CARDONA

Gulliver en el País de los Enanos

(Para el *Rep. Amer.*)

«Gulliver en el País de los Enanos» es una película para niños, pero también para público inteligente. La obra en su origen parece ser una sátira política escrita por el Dean Swift. Pero sin conocer el caso concreto de la política de su tiempo, que con la famosa ficción se examina y critica, no cabe duda alguna de que los alcances políticos y sociales de la sátira son y serán de permanente actualidad en todos los momentos y en todas las situaciones.

Gulliver es como Ulises o como don Quijote, un personaje símbolo. Sobre el trampolín encumbrado de lo irreal dan el ágil salto que los lanza de cabeza en las profundidades afirmativas de la vida y de lo humano, y surgen luego como figuras orientadoras, tutelares que establecen un orden en la confusión aparente de realidades negativas y efímeras. Cuando huye la luz, y se cierran las tinieblas y la ignorancia cunde y prevalece la reacción, la esperanza se salva en Homero, en Cervantes o en el Dean Swift.

Una sátira política, insisten las enciclopedias. Bien se entiende. El cristianismo como movimiento político-religioso, el Liberalismo como escuela político-jurídica, el Socialismo como doctrina político-económica y todas las nuevas fórmulas venideras a que la humanidad se acoja, para darle la correspodiente e impostergable solución a las nuevas e insospechadas necesidades que la razón progresiva de las cosas demanda y exige, son Gulliveres que empiezan por aparecer dormidos en la playa para que unos timoratos enanitos consuman la proeza de amarrarlos con unas bagatelas que ellos consideran cables gruesísimos, pero que para la fuerza dialéctica y gigantesca de la evolución, son débiles hilos insignificantes.

También el Renacimiento desata una enorme corriente política. Y alguien asegura que el Renacimiento, como fenómeno histórico, pasó inadvertido para la mayoría de las gentes que vivieron durante el tiempo en que se desarrolla. Es ahora, después de sobrepasado, que le vemos sus magníficos y nítidos perfiles, su silueta inconfundible, como se le ven a una inmensa montaña, hoy lejana, y en cuyo seno estuvimos perdidos ayer.

Así las gentes aquellas eran gentes extraviadas en su ignorancia, que se hallaron de un momento a otro trepadas sobre la panza de un gingantesco Gulliver, del cual percibían la respiración y el aliento de la vida. También debieron oír los latidos de aquel nobilísimo corazón que llegó hasta el martirio con Galileo y Giordano Bruno, pero sin darse ninguno de ellos cuenta, sin tener noción ni conocimiento de lo autómatas y amuñecados que los hacía su pavorosa ignorancia. Cuando uno ve esta estupenda escena en la película, le parece asistir a la más trágica de todas las tragedias, que no es otra que la tragedia de los imbéciles.

Actualmente «hay un gigante en la playa» (tiene que haberlo porque si no perderíamos lo último que se pierde que es la esperanza). Es tan humano como Gulliver, y enanitos filisteos pisan sin entenderlo su corazon. También los enanitos mentecatos lo han amarrado con chicotes liliputienses. Pero el gigante despertará y pondrá armonía entre unos pueblos necios y unos reyecillos pequeñitos que pelean por frioleras. Entonces gritarán—«el hombre-montaña es nuestro!

Es sugerente esta certera fantasía. Piensa uno en el instintivo temor a la grandeza que tiene el infra-hombre. A la propia y a la ajena—porque tampoco logran despertar nunca estos muertos condenados a enterrar a sus muertos, el gigante que dentro de la conciencia les duerme profundamente. Y se nos vienen también a la memoria los hebreos implorándole a Moisés que hablara él con Dios, porque ellos no resistían la inmensidad de su presencia.

Por caminos de incomprensión el ir y venir de los grandes maestros agitando ideales de cultura y de justicia, solos entre muchedumbres que los temen y los desprecian sin entenderlos.

Y en esta pintoresca actualidad que nos ha tocado vivir, también cuántos enanitos! Hay que ver cómo con nuestro pobre criterio animista, de niño que



Enanos sobre un gran corazón

quiere coger la luna con la mano, le adjudicamos las proporciones de lo descomunal y lo fatal y lo aplastante, a situaciones que son de esta vida y no de la otra, que son analizables, conjurables, sobornables, y que podrían resolverse fácilmente sin estruendo de cañones trayéndolas simplemente al plano liso y abierto de los inaplazables intereses humanos, que son siempre los que triunfan tarde o temprano.

Y el empirismo que es miopía, nos trae el recuerdo del hombre aquel que, haciendo una lamentable confusión de tipo genuinamente antropomórfico, entre los factores espacio y tiempo, se dió a pintar precipitadamente y con gran prisa una pared, porque ya se le estaba acabando la pintura que tenía entre el tarro. Enternece y conmueve el romanticismo de este pintor de brocha gorda, pero a la verdad que es el mismo de más de un estadista de muchas campanillas, de esos de ahora, que no dirigen sino que arrean a los pueblos. Porque viéndolo bien es esa la platitud, el simplismo pueril, el utopismo que rige lo político, interno y externo.

Todas estas cosas caen a maravilla dentro del magnífico símbolo que inventó el Dean Swift. Porque en el rigor del análisis— y el final de la película lo explica—Gulliver no es tal gigante. Lo que ocurre es que los liliputienses son enanos. A Gulliver lo motejan de gigante los filisteos sencillamente porque es todo un hombre. Y hay que convenir en que cualquier hijo de vecino, entre más hombre se haga, entre menos micro-hombre permanezca, resultará más gigante,

(Pasa a la pág. 158)

Los herederos de Hegel

(De *La Nación*. Bs. Aires, 7, dicbre, 1939)

Cuando se piensa en las tendencias políticas actuales que han comenzado a dominar el mundo desde hace veinte años, se ve que todas ellas tienen como ascendiente directo a Hegel. ¿Por qué a este filósofo y no a los demás? ¿Era más profundo que los otros? ¿Era más claro? ¿Resolvía más problemas? No seguramente. Las principales condiciones de su éxito están en su carácter político, en su entusiasmo difuso y oratorio y en su obscuridad.

Es muy posible que si Kant no hubiera escrito más que la «Crítica de la razón pura», su obra trascendental, maravilla de análisis y de penetración, y no se hubiera ocupado de cuestiones de derecho y de ética no hubiera tenido discípulos.

Ya en el principio del siglo XIX la filosofía crítica e individualista no apasionaba. No interesaba el espíritu del hombre solo como en el Renacimiento, sino el espíritu de la masa, de la sociedad, de lo gregario.

Así se vió como contraste en el mismo tiempo el éxito de Hegel y el fracaso de Schopenhauer, la admiración por el uno y la indiferencia desdeñosa por el otro. Hegel tronó en su cátedra. Schopenhauer se mordió las uñas en la soledad de rabia.

Schopenhauer llamó a Hegel miserable charlatán. Desde su punto de vista tenía razón, pero un escritor famoso tiene muchos puntos de vista, unos positivos y otros negativos. Además hay que reconocer que hay charlatanes inspirados que parecen profetas y videntes y Hegel era de éstos.

No es fácil que Schopenhauer y Hegel se comprendieran. El uno era un universitario, el otro un diletante de la calle; el uno historiador y político, el otro crítico, esteta y literato, el uno tuvo demasiado éxito y el otro demasiado poco.

Los discípulos de Hegel fueron legión y como la mayoría eran políticos se dividieron en unos de izquierda y en otros de derecha como en un parlamento.

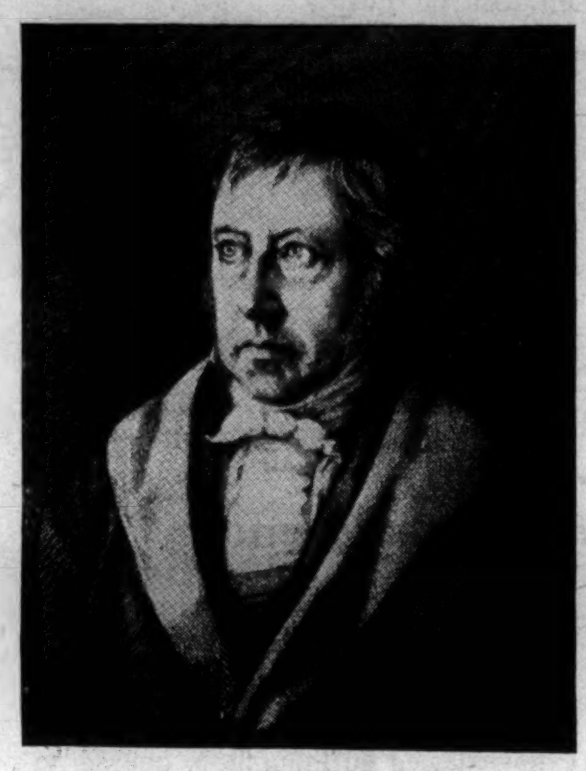
Uno de los hegelianos, quizás el más genial como escritor, Fuerbach, abandonó pronto las teoríasdel maestro, probablemente por encontrarlas superficiales.

Secuaces del todo o por lo menos influídos por Hegel, fueron en Alemania, Karl Marx y Engels; en Francia, Michelet, Pierre Leroux y Proudhon; en España, Pi y Margall; en Italia, modernamente, Croce y Gentile.

El sistema filosófico hegeliano se llamó el idealismo absoluto apelativo, en el cual hay para el público un fondo de obscuridad.

En una acepción vulgar el idealista es el hombre generoso, romántico, que da más importancia a los principios nobles que a las realidades vulgares. Es don Quijote. Esto no es el idealismo absoluto.

Aquí hay un equívoco parecido al del espiritismo. Espiritismo para muchos supone espiritualidad, pero no hay tal. El espiritismo como teoría es de las más pedestres y adocenadas de todas las sectas.



G. W. F. Hegel

El idealismo de Hegel no tiene nada que ver con la ética o por lo menos no es un concepto ético. El idealista puede ser un tipo egoísta, bestial, sin escrúpulos, un Sancho Panza elevado al cubo.

Este idealismo absoluto asegura que hay una idea suprema, inconsciente en la humanidad y esta idea es todo. Ella cambia, reviste las formas más varias, evoluciona en un devenir constante. Este proceso es el que llaman en alemán Werden. Se ve que el idealismo absoluto es poco más o menos una variedad de las teorías de Heráclito y de la escuela de Elea y del transformismo actual con la diferencia de que éste es una explicación de hechos geológicos y biológicos, sin consecuencias sociales ni políticas, y el idealismo hegeliano es una noción filosófica, hecha a priori, con un fondo panteísta y que trata de armonizar y de explicar hechos históricos y culturales, dándoles una significación casi siempre forzada.

La historia para Hegel es el desenvolvimiento del espíritu universal, de la idea en el tiempo

El Estado representa la idea en marcha, es la substancia, de la cual los acontecimientos y los individuos no son más que accidentes. La fuerza es el símbolo del derecho.

Poniendo en serie las afirmaciones hegelianas se ve que este hierofante alemán es un precursor directo de la filosofía y de la moral nazi.

Para Hegel: Lo verdadero es lo total. Los individuos son sólo momentos, medios de realización. Los mismos grandes hombres de la historia no son más que instrumentos del Destino, es decir de la idea. El Estado es la substancia ética de los pueblos. El Estado es el poder y la dignidad. El Estado tiene todos los derechos. En su esfera el fin justifica los medios. La pasión y el sentido del mando son impulsos éticos.

El hombre completo para Hegel debe ser político y estatal.

Es decir, que Shakespeare, Velázquez, San Francisco de Asís, Newton, Pasteur, son hombres incompletos al lado de un maestro de escuela fanático.

Este ideario tiene un instrumento de esclarecimiento y de trabajo: la dialéctica.

Otro procedimiento grato al filósofo germánico es examinar las cuestiones en tres aspectos: el de la tesis, el de la antítesis y el de la síntesis.

Se advierte que todo ello es un poco primario y gratuito; pero aun así se comprende qué armas dió Hegel a los doctrinarios y a los fanáticos.

A un sistema combativo y agresivo de esta clase, se habían de arrimar todos los ambiciosos, incapaces de hacer una obra individual: conservadores, imperialistas, socialistas, comunistas, racistas, fascistas, fanáticos de distintos colores y clases.

Pasados cien años de la predicación de Hegel, hoy se encuentran sus teorías más o menos completas en los dogmas totalitarios de las tres dictaduras europeas: en el marxismo ruso, en el nazismo alemán y en el fascismo italiano. Naturalmente con más energía, con más originalidad y con más audacia en el nazismo germánico. A Alemania siempre le queda un resto de espíritu filosófico.

Tiene que haber otros aportes de distintos orígenes en esos sistemas. Algo han debido de influir en el fascismo de Italia creado en parte por profesores napolitanos, el recuerdo de Vico y las teorías del pragmatismo francés, heredero de Augusto Comte. También han influído mucho en el nazismo las teorías raciales de Gobineau y de sus discípulos.

Las tres dictaduras consideran que el Estado debe ser omnipotente. La tutela del Estado debe llegar a todos los órdenes de la vida: religión o antirreligión, educación, economía, arte, literatura, etc.

En esto los liberales estamos de acuerdo con la Iglesia católica, que dijo por boca del anterior Papa: el Estado debe ser para el individuo y no el individuo para el Estado.

El hombre, según las teorías totalitarias, tiene obligatoriamente que ser político. El joven tiene que ser soldado. No hay libertad. El hombre estará orgulloso de obedecer. Es la imitación de Esparta.

Como es natural, para conseguir este resultado hay que preparar la educación. No se educará al joven para ser sabio, bueno, valiente o libre, sino para ser un peón del Estado.

De aquí la repulsa en Alemania contra la psicología y la pedagogía del célebre Herbart, que consideraba que había que respetar el alma del niño, dejarle que se fuera desarrollando libremente. Para los hitlerianos, por el contrario, hay que obrar sobre la criatura

(Pasa a la pág. 157)

Quino Caso (1939)



Llega Quino Caso con versos de 1927, cuando el poeta salvadoreño aun no sabía del sabor amargo del pan que se come lejos de la patria.

Los días de *La palabra de las cosas abscónditas* eran días de esperanza y libertad en El Salvador. Don Pío Romero Bosque echaba al suelo—entre la alegría de los buenos y la ira de los malvados—la falacia de que nuestro pueblo no sabía hacer uso de la libertad. Cuzcatlán gozó el privilegio de ver circular las ideas. Los honrados dijeron su palabra honrada; los canallas mancharon con todo el lodo de sus almas de pantano el blancor de las cuartillas. Pero las ideas buenas o malas andaban y se discutían. Se abrieron muchas cloacas, pero también muchos vasos con esencias sutiles de verdad y de poesía.

De aquellos días guardan los diarios los nombres limpios de Viera Altamirano, de Serafín Quiteño, de Ricardo Alfonso Araujo, de Alberto Guerra Trigueros, de Salarrué, de José Valdés y de otros más. El Salvador vivía; El Salvador vibraba; El Salvador soñaba; El Salvador cantaba.

Pues en esos días Quino Caso cantaba. Lo imagino vagando por La Vega, por San Jacinto, por El Modelo, después de las cuatro de la tarde. Lo imagino discutiendo en serio y en broma en el «Campo de Marte», en el Bolívar, o de viaje a «La Chacra», o de regreso de Ilopango. El poeta era libre. Y porque era libre sabía, oía *La voz del hierro, La voz de las raíces*, y hasta *La voz del gusano*. La libertad tiene ese privilegio: deja al poeta soñar, deja al poeta mirar . . .

*

1939. Tres años lleva ya el poeta, fuera de su patria, desterrado. Ignora cuándo podrá volver a El Salvador. Las penas de la patria, que ya no tiene esperanzas, como en los días de don Pío; el recuerdo del hijo que lo nombra, de la madre que le reza, de la esposa que lo llora, ¿qué versos de fuerza estarán gestando en el alma de Quino Caso? Estos versos que no están hechos, que son apenas promesa, me intrigan de modo especial. ¿Quino Caso dará milagrosa cosecha de luz? . . .

Hay dolor en el mundo, y más en un rincón del mundo: El Salvador. ¿Qué himnos le arrancará al poeta desterrado este dolor?

Ahí está Cuzcatlán y sus 700.000 indios esclavos. Ahí, Quino Caso, hay para una vida de lucha. También los versos hacen la guerra . . . También los versos rompen cadenas . . .

F. L.

San José, Costa Rica, 28 mayo 1939.

Una arenga y otros poemas

(Para el *Rep. Amer.*)

Al Soldado Desconocido

En pie, soldado!

Viene mi voz con la fuerza de todos los pulmones de los hombres,
no a gritar como aquel: «Desde esas pirámides cuarenta siglos os [contemplan»,
sino a decir: «Desde la cumbre de la Vida,
os mira la Eternidad esperanzada...»

Sobre la negra tierra
nuestra civilización cavó una fosa
y te enterró solemnemente, con todas las pompas funerarias,
Soldado Desconocido...

Y sobre el cenotafio levantado,
año con año las corolas más hermosas y odorantes del mundo
se deshojan irisándote los mármoles.

¡De dónde eras, soldado
sobre cuyo catafalco cintilan indiferentes las estrellas?

De Francia, de Alemania, de Inglaterra, de Italia o Austria?
Serías de América, de India, de Africa o Australia?
En dónde fue el romance de amor que te lanzó a la vida?
Entre qué brazos se acunó tu cuerpo?
Bajo qué cielo correteara tu apacible existencia?
Bajo qué módulos de vida se nutrió tu espíritu?
Qué tierra te dió sus fermentos poderosos?

De donde fueres, como pensares, como sintieres,
aquí estás simbólicamente dormido para la gloria humana,
aquí, simbólicamente, se te pudrió la arcilla
cuya savia ascenderá allá en los campos de batalla
en espirales invisibles
para ser clorofilia entre las hojas,
fécula en la gavilla de los trigos,
aroma entre las flores esplendentes,
música, vuelo y gracia en el milagro de los pájaros...

Aquí estamos en pie, héroe desconocido!

Tú que pasaste entre el fragor de los combates
llevando—nueva granada de mano—entre las manos
tu rojo corazón,
tú el anónimo,
tú el excelso,
tú el glorioso,
eres sin disputa el ganador de la última batalla,
aquella en la que el plomo, la pólvora, el acero
no pueden ya decir una palabra...

Estratega invisible,
omnipresente en toda lucha
como aquel «Dios desconocido» (Deus Abscóndito)
a quienes los griegos levantaban altares en sus templos
aquí estamos prestos a recibir tu grata herencia
con todas nuestras angustias y tristezas,
con todas nuestras hambres,
con toda nuestra sed insaciada de justicia..

Un mundo en pie tiene los ojos fijos
sobre la tierra donde duermes:
que sabe ya ese mundo
que habrás de levantarte un día,
requerirás la espada deslumbrante,
harás con ella los arados que el profeta soñara,
te arrancarás el corazón lleno de arterias,
lo lanzarás a los surcos palpitante
y brotarán, exuberantes, los renuevos
con su gloriosa cosecha hacia los cielos..

En pie, Soldado...!

(Primicia del libro *Arengas*)

*

Elogio de los suburbios

Suelo inmergirme en los suburbios
como entre un mar de aguas salobres
y salgo—buzo de la ciudad—tal como el buzo
del fondo de los mares,
con perlas o pecesillos de colores.

Suburbio.. !

Eres como la epidermis y a la vez alma
del complicado esqueleto
en que se levantan las ciudades...
En ti canta el dolor su fiera estrofa
y si alguna vez el heroismo cobró alas
para elevarse radioso al infinito,
¡tú fuiste su crisálida!

Suburbio...!

Establo en donde oyeran—estupefactos—los pastores
el vagido de un Dios, que así quisiera
inaugurar el reinado de los simples
y honrar la compañía de las bestias...!

Suburbio...!

Rincón en donde Aldonza Lorenzo
deshoja sus margaritas a la piara
y en que el cerebro del Divino Loco
se inspira y enciende de coraje
para, adarga en brazo y lanza en ristre,
lanzarse al maelstrom de las hazañas!

Suburbio...!

Campo fertilizado en que halla ambiente
la fecunda semilla de los buenos
y da su floración alta y magnífica
como un roble gigante
que intentara abarcar todo el orbe con sus ramas!

Suburbio...!

Cuna del grito y la protesta,
donde Rouget de L'Isle encuentra un himno
para electrizar a la metrópoli.

Suburbio...!

Padre de la Polonesa y el Nocturno,
del tango y el jarabe,
y de la cueca, y del bambuco, y de la rumba;
que inspiras a Mürger y a Puccini
como también das vida a «Los Borrachos»
de Velázquez y gritas, vibras, aullas, cantas, te estremeces
en los frescos de Orozco y Diego de Rivera...

Suburbio...!

El más pobre, el más simple...

Suburbio...!

El Sensual y a la vez casto,
el del grito feroz y de la puñalada,
el sensible y audaz y temerario...

Suburbio...!

Remiendo sucio,
lunar que como cargo de conciencia
en alma timorata
llevan en sus fastuosas faldas las metrópolis...

Por algo estás, viejo suburbio, en las afueras,
allí donde comienza el horizonte
a distender su línea gris a las alturas
para tocar con su comba las estrellas...

Por algo, apestoso suburbio, en los palacios
feéricos, fascinantes y aromados,
no hay aire para los pulmones de los fuertes
ni luz para los ojos visionarios!

Los miasmas del establo
(estiércoles de buey y orín de mula)
saturan de zumos ácidos la vida
y cuando en él nace algún hombre,
ya trae las manos aptas para el clavo,
la frente para el aguijón de las espinas,
la boca para la hiel y el vinagre
y para la lanza de Longinos el costado...!

Barriada de los pobres y los tristes...!
Suburbio de las trágicas criaturas...!
Mesiánico rincón:
Ten heno listo en el pesebre
porque en cada minuto de injusticias
se gesta un nuevo Dios en tus entrañas
y puede ser ya la hora llegada. .!

Suburbio...!

Si alguna vez el heroísmo cobró alas
y se elevó radioso al infinito,
tú fuiste su crisálida...!

A Hitler

Salud, herr Hitler! Buen payaso
y mejor saltimbanqui,
con tu bigotito de Chaplin
y tu saludo nazi de muñequito de madera!

Salud, boxeador del mechón en la frente
y el huracán mefistofélico
cargado de electricidad en las pupilas!

Salud por *tu lucha* y por tus cuatro hazañas!

Eres—oh, Hitler—el hijo unigénito de la Injusticia
amamantado en los pezones del Odio y de la Ira,
y resurges, como de un milenario sueño,
jinete en el caballo de tu abuelo
bajo cuyos cascos no volvía a nacer la yerba,
pues que era—así como tú eres—
«el azote de Dios» sobre la tierra!

Salve, consecuencia lógica del siglo,
pues que todo es propicio a tus hazañas.
Sobre la cobardía de un mundo amedrentado,
que pesa los dolores de ayer y los de siempre,
se alza tu figura estrafalaria
como el símbolo exacto de la época.

Salud, hijo legítimo del «vae victis»
con que te amilanara ayer un mundo ensombrecido;
esta es la hora de tu revancha y aprovéchate!
Que no está muy lejana la hora en que otra vez el mundo
te torne a quebrar la cerviz—¡quién sabe ya si para siempre!
Aprovecha tu minuto, pues, buen camarada
de don Guillermo Hohenzollern...

Ya el mundo está temblando bajo tus pies,
moderno Aquiles.
Mas un ojo certero, por un resquicio de la bota,
está mirando desnudo el talón vulnerable
y ya verás cómo surge el sagitario
que ha de clavarte, sin piedad, el dardo!

Hay una idea en marcha sobre el mundo
y esa no la detienen ni tus gases,
ni tus acorazados de bolsillo,
ni tus zepelines, aviones y tanques,
ni tus bacterias y microbios letales,
ni tan siquiera tu estrepitoso «Rayo de la muerte»!

Tu guerra habrá de ser la última guerra,
y cuando sólo quede una humanidad hecha pedazos,
aquella idea que alcanzó a vislumbrar vuestro Volfang Goethe
y que emergió como un vagido, en el «Sermón de la Montaña»,
surgirá de entre su nebulosa
como un fuetazo de sol sobre los mundos
para quedar radiando por los siglos de los siglos en las almas...

Salud, herr Hitler, buen payaso
y mejor saltimbanqui!
Salud, insaciable gastrónomo,
porque si aquel se atiborró con Etiopía,
tú no te has llenado ni con Austria...
Salud Fuhrer, campeón de peso máximo,
pues que pusiste fuera del ring al Duce!

Salud por tu algodón sintético,
por tu cerveza hecha de viento
y porque seguramente ya tendrás encinta
a la Eva mecánica de L'Isle Adam...

Salud por tu celibato, tu sevicia y tu dinámica,
salud por tu temperancia y tus costumbres cronométricas,
salud por tu neurosis que te vuelve irresponsable,
salud por todas las etcéteras
que caben en la órbita de lo cruel y de lo trágico!

Salud, porque no hay para tu estatua
en toda la cantera del dolor humano
un bloque suficiente a tu figura...

Salud, perínclito gimnasta,
mas ten cuidado, que ya la cuerda floja
se está poniendo tensa
y has olvidado colocar la red
que te pudiera recibir en la caída.

Salud, herr Hitler,
porque tú no morirás entre tu cama
ni habrás de contemplar la última hora!

Ya está temblando la postrer arena
en la garganta cristalina
de la trágica clépsidra . .!

Managua, Marzo 14 de 1938.

El sembrador de vientos

«Sembraron vientos
y recogieron tempestades...»
La Biblia

El Sembrador de Vientos ya preparó su agro...

Lluvia propicia baja de tenebrosos cielos
y moja las vegadas exuberantes.
Lluvia de odios, lluvia de envidias,
lluvia de ambiciones desenfrenadas,
y con la pica y el arado de la soberbia,
el Sembrador de Vientos ha preparado
el fértil campo para la siembra
y tiene ya la simiente,
para arrojarla sobre los surcos,
entre sus manos ensangrentadas...

El Sembrador de Vientos ya preparó su agro...

Brisas propicias soplan
para llevar la oscura simiente sobre sus alas.
Millaradas de hombres desocupados
echan abono nuevo sobre las eras;
millaradas de hembras vendiendo el cuerpo
darán a la tierra escindida su exuberancia...
Hoy una huelga, una masacre, un atentado;
miles de hogares tristes y niños huérfanos
con sus almitas envenenadas;
hombres maltrechos para las salas hospitalarias
y el vicio que abre su fresca ducha sobre las almas!

(¿Estás bien cierta, vieja Pandora,
que aún está la Esperanza dentro tu caja?)

Ya el Sembrador de Vientos
—¡oh, mundo estúpido!—hizo la siembra
y están los gérmenes echando el raigambre
bajo la tierra...

Ya se alzarán los tallos robustecidos
como el nuncio seguro
de una tremenda cosecha
de tempestades...

El Sembrador de Vientos
—hombres del siglo—no podrá con el fruto de su trabajo
y entre las eras de los sembrados,
por él hendidas,
se hará polvo fecundo
para otra nueva cosecha de tempestades...!

Septiembre de 1935.

*

Lancemos las ciudades a los campos

Mi mensaje a los hombres
de buena voluntad

Lancemos las ciudades a los campos,
hombres de pensamiento,
e invirtiendo el sentido de las urbes,
traigamos la campiña a los poblados
hombres de alma sencilla y fuerte músculo!

Ya es hora de abolir la vida absurda
que aúlla y se atropella en las metrópolis;
de encauzarla a los campos silenciosos
ávidos de herramientas y de brazos...

Demos otro sentido a las palabras
para dar a la vida un nuevo soplo...

Línea, ritmo y color son ya muy otros
desque se descubrió la nueva estética
y así, lo que antes era azul ahora es rojo,
lo que tenía un alma musical es áfono
y el rayo de sol, que era antes recto,
Einstein con su teoría lo hizo curvo!

Mandemos al patíbulo a Darío,
y a Nervo, y a Valencia, y a Lugones
y si queréis también al viejo Homero,
para cumplir con la misión del siglo!

(Dejemos solamente que Virgilio
pueda cantar las églogas futuras).

Llegó la hora de escribir poemas
con la azada en la mano o doblegados
ante el surco que pide la simiente
para cantar mañana en las espigas..!

La hora de hacer de las espadas
«rejas de arado y hoces de labranza»!

La hora en que se cantan epopeyas
cual las cantaran Cristo en el madero
y Sócrates bebiendo la cicuta!

*La hora de trascender con el ejemplo
o con la acción y no con las palabras.*

La Vida exige ese tributo inédito
hombres de pensamiento
y del alma sencilla y fuerte músculo!

Señalemos un rumbo al sentimiento
que esté en oposición a su pasado;
demos a la emoción nuevos motivos
poetas, «Torres de Dios», que dijo el otro.

(Ya la Marquesa Eulalia huyó de Francia
y vino a ser niñera en Nueva York;
el Vizconde Rubio de los desafíos
hace papeles de «extra» en Hollywood...

La angelical Virginia está en el «Follies»,
Pablo, su enamorado, es dactilógrafo;
María y Efraín se divorciaron
y por curar de la tuberculosis,
absorbiendo el ambiente ultratosférico,
Margarita Gauthier se ha hecho aviadora..

Alfonso XIII montará una fábrica
no sé si de fideos en Chicago;
Wells nos está llevando hasta Utopía;
el gran Bernardo Shaw nos da recetas
para matusalenizar la vida
y Mahatma Ghandi le da lecciones,
para que dome el mundo, a Napoleón!)

El siglo ha dado vueltas, soñadores,
y todo lo ha invertido a la manera
de un kaleidoscopio gigantesco..!

Sigamos la corriente inevitable
y volviendo a la edad del patriarcado,
reabramos a la Vida el viejo cauce
lanzando las ciudades a los campos
y arreando la campiña a los poblados...

Ruralicemos el vivir moderno
hombres de pensamiento elástico
e ingenuos campesinos de alma nívea,
vivir incomplicado y fuerte músculo..!

(De *Canciones de la Hora Nueva*)

*

Esquema

A los poetas de hoy

Ya se llegó la hora, poeta, de cambiar
de tema a la canción que das al viento.
Levántate a cantar el nuevo Himno,
que el mundo ha menester de un nuevo canto.

Hazte cargo, poeta, de tu hora...
Hazte cargo, poeta,
pues ya las novias pálidas no existen
desde que los droguistas inventaron
el lápiz y el carmín de Doña Elvira...

La bella Pompadour dejó su alcoba,
primorosa y sensual, por la oficina
y en vez de billetitos perfumados
redacta correspondencias comerciales.

Pasó la hora en que Chopín nos daba
opio entre las ondas de su música
y aquella en que Mozart adolecente
dormía a las princesas en Versalles.

No es ya la hora de escribir canciones
al rojo labio y los menudos dientes...
Si no has de superar al Rey Poeta
que ha cinco mil años cantara a Sulamita,
rompe mejor la lira, camarada!

La hora es nueva y como nueva tiene
un sello peculiar para el artista:
Hora de radioelectrolas y de aviones,
de Stalines, Gandhis, Mussolines, Adolf Hitler...

Es la hora del hambre organizada
y de los asesinatos colectivos:
hora en la que Jesús, desde el Calvario,
diz la Octava Palabra, enloquecido:
—«Perdón, oh, Padre mío,
por esta inmensa tontería que hice . . !»

Hora que hasta a los niños ha tapiado
el cielo azul y la leyenda rosa,
pues la vida ataviábase de flores
si Perrault daba vuelo a las palabras . . .

(Walt Disney—¡oh, poetas!
ya pudo industrializar a la Cigarra,
y a Caperucita Roja y Pulgarcito,
y el gran Cecille de Mille ha abierto cátedra
de historia universal en los cinemas).

Ya puedes transformarte en joven, viejo . . !
Ya podrás engendrar sin tener hembra . . !
Ya puedes escudriñar todo el arcano . . !
Ya iremos en avión a otros planetas . . !

Esta es tu hora, poeta, y este es el esquema
del gran poema cósmico que diga
que el mundo tuvo siempre, en toda hora,
al Homero titán que lo cantara . . .

Levántate a cantar la nueva hora . . !

(He aquí el Poema . . .)

(De *Canciones de la Hora Nueva*)

QUINO CASO

Desnudos

(Antología en blanco)

(Para el *Rep Amer*)

7

Todas las ninfillas
—agua y sol—
salían del agua
amándolas yo.

Los carrizos tiernos
sonaban a amor.

Cuatro flores grandes
lloraban candor
cuando las dejaba
de cantar yo.

Los carrizos tiernos
sonaban a amor.

Me llevé una fruta
—¿de qué árbol cayó?—
germinando lágrimas
y era un corazón.

Los carrizos tiernos
sonaban a amor.

26

Por la abierta algarada
del bosque,
el alba chorreaba
toda su agua clara.

La última estrella,
desnudita y blanca
sola se bañaba.
¡Y cómo caía
por tu espalda helada
hasta
el ardor
que mi alma llameaba!

28

¡Qué balconcillo al río,
el puente, toda la tarde!

Y desde ahí nos miramos
nosotros, que el cielo
tornó de azules y oros,
temblar, moverse, juntarse,
quedarse ahí, sin pasar,
como pasando en las curvas.
¡Qué distintas y qué exactas
esas sombras paralelas,
verdes, violetas, rosadas,
juntas y llenas de vida
sobre toda el agua clara
mansa y perfecta del río!

No somos nosotros, no,
—largas, unidas, como llamas—
son nuestras almas.

39

Yo llegaré en tu sueño, cuando duermas
y no esperes a nadie, ni a tu sueño.
Altos los ojos de pena poderosa
¡qué bien mi boca se pondrá a decírtelo!

Llegarán las palabras iniciales
que fijaron los primeros versos,
y las que no están hechas, esos gritos
que no sabe uno si son de uno o de animales.

Y tú ¡ese silencio en sábanas y lechos
para mirarlo así, desnudo y blanco!
llamando un alba de bronces y palomas
que me lleve a mi sueño, iluminado
sueño diurno mío en que despiertas
y vienes tú, y me contestas todo
(yo este gran sueño, tú esa voz)
con naderías y palabras mudas

44

Final pequeño

A los alcores del alba
por remos, vamos los dos.
A los alcores del alba.

Remero de ensueño, yo,
desde que te dormí en arrullos
con este vaivén de amor,
a fuerza de remos, llevo,
carga en mi barca mayor,
tu dulce vaivén, tu sueño,
por tí navegando yo,
que tú eres mi barca y río
y en ti salgo y entro y voy
—yo también tu barca y río—
a los alcores del alba,
puerto de la noche de hoy.

RICARDO SEGURA

San José, Costa Rica, 1939.

Escena dolorosa

10 de agosto.—Pobreza sin límites, insolencia de toda alegría, aunque sea lamentable. He ido hace poco con una comisión a los arrabales. He pasado ante la puerta de un asilo de ancianos. Los pensionistas, vestidos de azul, dormitaban detrás de las verjas, en pequeños grupos, sentados en los bancos. Diez o quince andrajosos esperaban en la acera los restos de la comida, que se les suele entregar al fin de la jornada. Y, de pronto, impulsados por la cólera, esos mendigos se han puesto a insultar a los ancianos: «¡Cochinos, vosotros coméis, vosotros dormís en vuestro lecho! Cochinos, estáis hartos». Los ancianos deben estar acostumbrados a esa escena, pues no han replicado. Y sin embargo no todos eran sordos. El dolor ha sido para mí, para mí solo.

No puedo aceptar eso, no puedo sentir esas cosas sin reclamar justicia y reparación. ¿Bastarán para ello diez mil, cien mil santos? ¿Podrían, no ya salvar, sino hacer de nuevo este mundo tan mal hecho?

(De Georges Duhamel, en la novela *Diario de un aspirante a Santo*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1939).

Dos caminos . . .

Dos caminos había para abandonar el ideal caballeresco: el de la vida real, activa, el del moderno espíritu de investigación y el de la negación del mundo. Pero este último se dividía como la Y de Pitágoras: la línea capital era la de la auténtica vida espiritual, la línea lateral se mantenía al borde del mundo con sus goces. El anhelo de una vida bella era tan fuerte, que incluso allí donde se reconocía la vanidad de la vida de corte y de la lucha y la necesidad de abandonarla, parecía abierta una salida para salvar la belleza de la vida terrena, para realizar un sueño todavía más dulce y más luminoso. La antigua ilusión de la vida pastoril seguía brillando como una promesa de dicha natural, con todo el resplandor que irradiaba desde Teócrito. La máxima felicidad parecía posible sin lucha, huyendo simplemente de la rivalidad, llena de odio y de envidia, por un vano honor y una vaga jerarquía, huyendo simplemente del lujo y la pompa recargados y opresivos y de la guerra cruel y peligrosa.

(J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, tomo I. Revista de Occidente. Madrid, 1930).

*

La justa autoridad

La imagen del príncipe como pastor y del pueblo como su rebaño habíase impuesto ya al espíritu por otro lado en las descripciones de la forma primitiva del Estado hechas por los padres de la Iglesia. Como pastores habían vivido los patriarcas. La justa autoridad, tanto temporal como espiritual, no era un imperar, sino un apacentar.

(J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, tomo I Revista de Occidente. Madrid 1930).

*

Los perros de los patrones

Prof. Pickup.—¿Qué son, señor Cínico, y qué buscan estas doncellas que pueblan nuestra acera, ora marchando adelante, ora marchando atrás, unas solas y otras en grupos, cada una acompañada por un perro?

Tomás el Cínico.—Son mucamitas de las villas vecinas y acompañan a los perros de sus patrones en el paseo nocturno. Parece que ese paseo forma parte de las normas higiénicas aconsejadas por los veterinarios. Así, gracias a la justa protección de que gozan los perros en la buena sociedad, también las pobres sirvientas pueden dar todas las noches algunos pasos al aire libre. A mí me fué dado, hace tiempo, el leerle a una cocinera un poemita en el que se dice que es bien triste la casa en la que falta la sonrisa de los niños, y la pobre mujer agregó: «Créame, señor, donde no existen perros es peor aun».

(De Ignazio Silone, *La escuela de los dictadores*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1939).

Los herederos de . . . .

(Viene de la página 152)

humana cuando ella está en período de formación, impresionándola, dominándola, captando su imaginación. Esta es la técnica de todos los magos antiguos y modernos, de los hipnotizadores y farsantes. Más que educar esto se puede considerar que es domesticar.

Naturalmente nada de neutralidad, nada de libre examen. Violencia y dinamismo; esa es la consigna.

Los pedagogos actuales alemanes afirman que no se puede, ni se debe, ser imparcial en la historia. La objetividad y la tolerancia son, según ellos, falsedades.

La época de la razón pura y de la ciencia libre de valores ha pasado definitivamente, dice Krieck, en su «Educación política nacional».

Entonces se puede uno preguntar: ¿qué valor tienen todos los razonamientos y todas las argumentaciones? Cuando el hombre vea que del Rin acá hay una verdad y del Rin allá otra, y que lo mismo pasa con relación a los Alpes y al Vístula, tenderá a no creer en nada. Tardará en llegar a eso, pero llegará. Luego reaccionará hacia las verdades eternas, humanas, relativas, pero eternas en su relatividad.

Esa tutela violenta del Estado debe tener un objetivo. Hay que ir hacia la idea hegeliana. En Alemania la idea es la raza. La raza, la pureza de la sangre, el arianismo, se sabe que no existe; pero al germano esto no le preocupa. La raza se hará; se purificará; está en su período de formación; en el dominio del *Werden*.

En Italia el objeto es la latinidad, cosa obscura y nada definitiva.

En Rusia es la realización del comunismo a fuerza de decretos o de matanzas.

De estos tres objetivos el más trascendental es el comunismo, porque es lo universal; se ponga uno a favor o en contra; lo crea uno posible o imposible. Los demás son ideales particulares de un Estado o de una nación.

Son pláticas de familia
de las que nunca hice caso

como diría don Juan.

La dureza en los procedimientos se explica en rusos y en alemanes. Rusia ha sido un país de siervos. Les queda el espíritu del humilde y del tirano. Se dice en Rusia que el material de humanidad no les interesa.

El culto del valor, puro y biológico, de la violencia y de la perfidia en la guerra es tradicionalmente germánico.

Hay que reconocer que la filosofía alemana de Herder, de Fichte, Hegel y Nietzche, está muy de acuerdo con la mitología escandinava y aria y su pasión por la violencia y por el engaño. Cuando en Nietzsche habla con una retórica aparatosa el legendario Zarathustra, más que este reformador de la religión irania toma la palabra Odin o Thor el del martillo.

El hombre que se considere heredero de esta tradición de violencia, de crueldad y de fraude, tiene que ser capaz de todo. Estará por encima del bien y del mal. El asesinato, el engaño, el bombardeo de ciudades abiertas, el producir el pánico conscientemente, el ametrallar a mujeres y a niños que huyen, el no cumplir la palabra, el engañar, le ha de parecer lícito. El héroe es el representante de la idea en marcha; es como un fenómeno cósmico, que tiene su determinismo fatal y que ayudará a la evolución, al *Werden* de su país privilegiado y por lo tanto del mundo.

A Bismarck se le acusó, al parecer con razón, de falsificar un telegrama de Napoleón III. Hoy eso es un juego de niños.

¿Cuánto durará esta tragedia?

Es posible que estos tinglados totalitarios tarden en descomponerse, pero todos ellos se vendrán abajo. No se puede basar nada en la mentira. Como dice Carlyle, el único Evangelio humano es el de la verdad. Lo que no tiene cimientos sólidos se hundirá, se llame rojo, blanco o negro.

La historia no ha dado ninguna dirección ni la puede dar que demuestre que en el momento que vivimos el hombre tiene que ser un esclavo del Estado y el Estado esclavo de una idea. El mundo no ha tenido ninguna revelación especial en estos cuarenta años últimos. No ha habido ningún Mesías ni ninguna luz nueva.

La civilización y la cultura van por el mismo camino que en el siglo pasado y los que se convierten en conductores y sicofantes y pretenden fabricar dogmas son aventureros políticos, como los ha habido siempre y como probablemente los seguirá habiendo, que pasarán y serán flor de un día.

Cuando caigan, que caerán, la gente los contemplará con sorpresa y se preguntará:

—¿Cómo podíamos creerlos tan fuertes?

PÍO BAROJA.

Tome y lea

(Indice y registro de las publicaciones que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

Sigamos a la benemérita Editorial LOSADA en sus caminos de luz. Ha editado últimamente:

La serpiente emplumada, novela famosa de D. H. Lawrence. Traducida del inglés por Carmen Gallardo de Mesa. En la serie «Las grandes novelas de nuesra época».

María Chapdelaine, la novela del *film* recientemente estrenado. Por Louis Hémon. La traducción es de A. Hernández Catá.
En la «Biblioteca Contemporánea».

Poesía, (1924-1939). Por Rafael Alberti. Toda la obra de este gran poeta, que comparte con García Lorca el cetro de la nueva lírica española.
En la serie «Poetas de España y América».

La política y la moral. Por Luigi Sturzo. La traducción es de Angel Ossorio.
En la serie «Cristal del Tiempo».
De cómo sin moralidad no hay libertad, o las grandes cuestiones políticas o sociales del día examinadas por el famoso tratadista católico Don Sturzo.

Vidas paralelas de Plutarco. Es el tomo III. Y es el Nº 22 de «Las cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento universal», publicadas bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña.

Los mecanismos del cerebro, por Jean Lermitte. La traducción es de Felipe Jiménez de Asúa, a la vez director de la serie «Ciencia y Vida» a que este libro pertenece.

El cerebro—escribió Demócrito—debe ser considerado como el guardián de la inteligencia. Luego todo ser pensante debe conocer el instrumento de que se vale: el cerebro y sus mecanismos.

Estudios sobre Sócrates y Platón. Por Víctor Brochard. Traducción de León Ostrov. En la «Biblioteca Filosófica».
Una obra maestra de la crítica filosófica francesa. Interpretaciones y análisis definitivos de las tesis fundamentales del pensamiento socrático y platónico. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires.

También la Editorial ERCILLA, en Santiago de Chile, sigue sus caminos de luz. Nos ha enviado estos libros recientemente:

Los perros de abajo. Por Edward Dahlberg. La prologa Waldo Frank y la ha traducido E. Elizalde M. C.

Fausto de Goethe. En la colección «Amauta».

La flecha en el arco. Por Emilio Rodríguez Mendoza.
Son ensayos. En la colección «Contemporáneos».

Anti-Duhring, por Federico Engels. Traducción directa del alemán. Filosofía, Economía Política, Socialismo.
En la colección «Documentos Sociales».

Pío XII. Su vida y Documentos pontificios. Por Monseñor Francisco Vives E.
En la colección «Contemporáneos».

Otra casa editora que señalamos: *Librería Hachette* S. A., Buenos Aires. Muy buenos libros saca, no los vemos por acá en librerías. Lo lamentamos deveras. Ahora nos llega éste:

Hitler me dijo, por Hermann Rauschning, antiguo Jefe Nazi del Gobierno de Danzig.
Confidencias del Fuhrer sobre su plan de conquista del mundo. Es un libro que atañe muy de cerca a los americanos del Sur. En manos de políticos nuestros, preocupados debiera andar ya ese libro.
Lo vamos a espigar con cuidado. Hay que abrir los ojos.

Cortesía de los autores:
Alfredo Covielo: *La esencia de la contradicción*. Grupo Septentrion. Tucuman (Rep. Argentina).
Son conferencias y ensayos.
Un libro sobre la actualidad a través del pensamiento filosófico: El mundo de la realidad y la filosofía. El pensamiento filosófico y su expresión en la Argentina La deshumanización de la guerra. Lo fragmentario y lo sistemático. Paradoja de la imagen.

Benedicto Uribe (Medellín, Colombia): *Ritmos perdidos*. Bogotá. 1938.

Herminia C. Brumana: *Nuestro hombre*. Buenos Aires. 1939.
Es doctrina social sacada del poema argentino *Martín Fierro*.
Leído; lo espigaremos.
Con la autora: Cangallo 2302. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Lydia Cabrera: *Cuentos negros de Cuba*. La Verónica. La Habana 1940.
Leído ya; muy interesante; sacaremos algunos de estos cuentos.

Rafael R. Vidal. Músico poeta por el Dr. Marshall E. Numm, profesor de la Universidad de Alabama. Habana. 1939.
Con el traductor: Humberto Codispoti. Estévez Nº 4. Habana. Cuba.

G. Alemán Bolaños: *El Libro de Gato Pérez*. 1940. Managua, Nicaragua.
Es la 10ª parte de una serie de conocimientos enciclopédicos para las Escuelas de la América Central. Son lecciones de Geografía e Historia Universal. (El viejo mundo).

Leonardo Páez: *Romancero Quiteño*. Quito. 1939.

Erwin K. Napes y Julio Saavedra Molina: *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*. Tomo I. Santiago de Chile. 1939.
Contiene: *Abrojos, Canto épico, Rimas, Azul*.
Vale mucho este libro.
Con el señor E. K. Napes: 616 N. Dubuque, Iowa City. Iowa U. S. A.

Armand Godoy: *A Milosz*. Librairie Payot & Co. Lausanne. 1939.

B. Mena Brito: *Paludismo*. (Novela de la tierra caliente en México) Ediciones Botas. México. 1940.
Con el autor: Calle de la Corregidora No. 10-A. México D. F. México.

Hyalmar Blixen: *Los iporas*. Montevideo. 1939.
Se trata de la raza charrúa. Dice el autor: «¿Cómo clasificar este libro? ¿Poema en prosa? ¿Leyenda épico - lírica? ¿Relato neo-folklórico? Poco importa. Sea una cosa u otra, si he hecho vivir un solo instante a la raza desaparecida, he logrado mi objeto.»

Claudio Barrera: *La pregunta infinita*. Poema. Impreso en la ciudad de Kobe, Japón 1939.

El hijo del gran González Prada, Alfredo González Prada, prosigue la obra filial ejemplar: recoge en volúmenes elegantísimos la obra de su ilustre padre, edita y reedita.
Ahora le ha tocado su turno al volumen: *Baladas*. París. 1939.
Y tan generoso con nosotros!, con el *Repertorio Americano*: remite 5 ejemplares, como contribución a la economía de este semanario. Muy agradecidos. El sabe que a la memoria de su padre siempre le hemos servido de corazón, pues se trata de uno de los homagnos de nuestra América.

Atención del señor Ministro Carrillo (Legación de Guatemala en Costa Rica):

Concurso Literario organizado por el Comité Central de la Feria Nacional. Guatemala. Noviembre de 1939. (Actas y los trabajos premiados).

Manuel Galich: *El señor Gupuk-Cakik*. Pasaje del *Popol Buj* adaptado a la escena escolar. Guatemala. Octubre de 1939.
(Es una de las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública).

Agustín Mencos F.: *Don Juan Núñez de García*. Novela histórica. 2da. edición. Guatemala. Agosto de 1939.

David Vela: *Nuestro Belice*. Guatemala. Octubre de 1939.
Publicaciones de la *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*.

El No. 1 del tomo XVI (Septbre. de 1939) de los *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*.
(Muy agradecidos).
No hay caso: Guatemala siempre va a la cabeza. Y el Gobierno protege sus letras (son impresas todas estas obras en la Tipografía Nacional).

Gulliver en el País ....

(Viene de la pág. 151)

Y luego la película en lo que al arte se refiere es digna de la tradicional grandeza de la obra que interpreta. Hay que hacer patente el reconocimiento de que hubiera una empresa cinemática que lo tratara a uno como a persona medianamente civilizada, cuando ya estaba harto de miriñaque y de vals vienés harto! de ese cine idiota que se ha puesto a cantarle el arru-rrú a la reacción y que explica cómo el avaro y sensual liberalismo, antes que ponerse overoles prefiere volver a la gorguera medioeval.

En esta versión cinematográfica, al valor eterno y universal del contenido se junta un tratamiento artístico no soñado. La película es la conjunción del genio conceptista de Jonatan Swift con el artístico de Max Fleischer. Y se nos queda estereotipado dentro de la cabeza cada detalle que es una delicia.

El enanillo que se cae cuando Gulliver traga porque estaba parado en la manzana de Adán, esa parte rarísima de la anatomía humana que uno le descubre al papá, todo extrañado, cuando tiene ojos niños y que por rara ha venido envuelta en tradiciones folk-lóricas.

La evidencia de que pasan unas tropas por un puente como la hubiera tenido una ranita o un grillo que estuvieran cantando en el río: porque se llenan de luz de linterna las hendijas de las tablas.

La mano de Gulliver que baila con el rey como lo haría una mujer. Y luego sus dos manos enormes, poderosas que unen a los dos príncipes del romance desgraciado, como si fueran la representación plástica, el truco escénico cabal en que se ve el sentido neo-romántico de la fuerza del destino sin retórica ni cursilería ni lugar-común.

Como un suceso teatral feliz y poco corriente, anuncian ahora en San José esta película. Y Gulliver en el País de los Enanos que según reza el programa, es para «niños», cruza por sobre el mar muerto y fétido de nuestro insoportable aldeadismo con su risueña vela blanca.

EMILIA PRIETO

San José, 16 de abril de 1940.

Las capacidades aparentes

¿No se encuentran muchos hombres cuya profunda nulidad es un secreto para la mayor parte de las personas que los conocen? Un elevado rango, un ilustre nacimiento, el desempeño de cargos importantes, un cierto barniz de cortesía, una gran reserva en su conducta, o los prestigios de su fortuna, son para ellos, como guardianes que impiden a las críticas penetrar hasta su íntima existencia. Tales personas se parecen a los reyes, cuya verdadera talla, el carácter y las costumbres no pueden jamás ser bien conocidos ni apreciados con justicia, porque son vistos desde muy lejos o muy de cerca. Esos personajes de ficticio mérito interrogan en vez de hablar, poseen el arte de sacar a los otros a escena para evitar el tener que salir ellos; después, con una acertada elección, saben coger a cada persona por el hilo de sus pasiones o de sus intereses, y de ese modo, a seres que les son realmente superiores, los convierten en muñecos y los juzgan pigmeos por el hecho de haberlos rebajado a su nivel. Obtienen entonces el triunfo natural de un pensamiento mezquino, pero fijo, sobre la inseguridad de los grandes pensamientos. Así, para juzgar esas cabezas vacías y pesar sus valores negativos, el observador debe poseer un espíritu más sutil que superior, más paciencia que penetración, más astucia y tacto que elevación y grandeza de ideas. Sin embargo, por mucha habilidad que desplieguen tales usurpadores en ocultar su lado debil, les es muy difícil engañar a sus mujeres, a sus madres, a sus hijos o al amigo de la casa; mas estas personas les guardan casi siempre el secreto sobre una cosa que atañe, en cierto modo, al honor común; y a menudo ellas mismas les ayudan a imponerse al mundo. Si gracias a estas conspiraciones domésticas, muchos necios pasan por hombres superiores, compensan el número de hombres superiores que pasan por tontos, de suerte que el Estado Social tiene siempre la misma masa de capacidades aparentes.

(De Honorato de Balzac, en la novela *La mujer de treinta años*. Espasa-Calpe, Madrid, 1932).

*

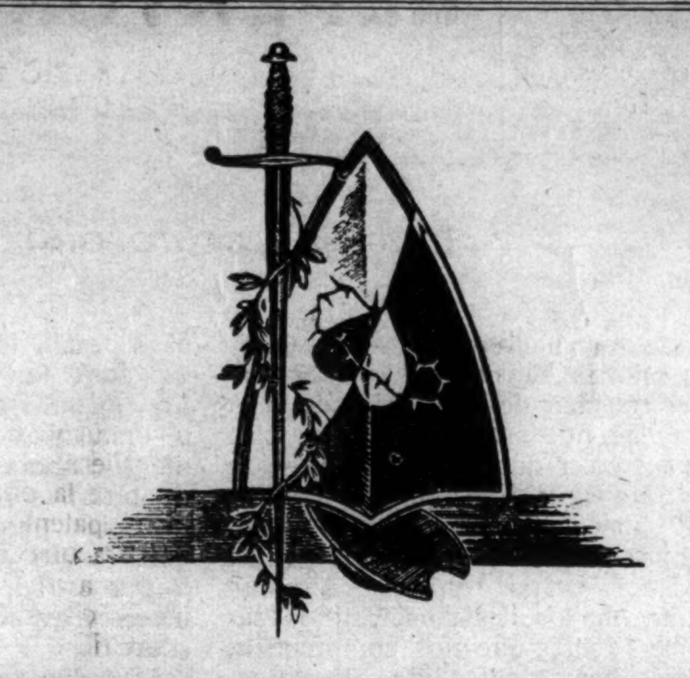
La «libertad de filosofar»

La *Reforma* eliminó ciertamente, en amplios sectores, el predominio espiritual de la Iglesia católica y juntamente, el de la Filosofía escolástica; pero sería erróneo suponer que estableció directamente la moderna libertad del pensamiento. El enérgico movimiento religioso de donde brotó la Reforma ofrecía más bien profundo contraste con el sentido mundano y racionalista del humanismo. También, en las comarcas protestantes, avasallaron todavía por mucho timpo las autoridades eclesiásticas la vida religiosa y aun toda la vida espiritual. También en las Universidades protestantes siguió ejerciendo Aristóteles su soberanía; pues Melanchthon, cuyos libros doctrinales solían servir de base a la enseñanza filosófica, se había echado en brazos de Aristóteles. En el siglo XVIII es cuando la «ilustración» trajo consigo la «libertad de filosofar».

(Augusto Messer, *La Filosofía Moderna*. Revista de Occidente. Madrid, 1927.

Cómo debe leerse el "Quijote"

(De *Violetas y Ortigas*. La Habana. 1938)



Tanto se ha escrito sobre el *Quijote* en lo que va de año, que bien fundadamente puede creerse que este libro apacible y deleitoso habrá tenido algunas docenas más de lectores de los habituales. Y con toda llaneza confieso que ese me parece el resultado más apetecible de todo este continuado rumor de plumas y discursos.

No vaya a presumirse que esto envuelve censura, ni asomo de censura siquiera, de la glorificación de este centenario. El entusiasmo tonifica y fortifica, sobre todo si, como en este caso, el entusiasmo es genuino y legítimo. Soy cervantista de la antevíspera. Leí el *Quijote* de niño, y fue para mí manantial de risa y acicate de la fantasía. Dormí muchas noches con un viejo espadín debajo de la almohada, descabecé en sueños muchos endriagos y encanté y desencanté no pocas Dulcineas. Lo leí de mancebo, y la poesía sutil de las cosas antiguas se levantó, como polvo de oro, de las páginas del libro, para envolver en una atmósfera de encanto mi visión del mundo y de la vida. Lo he leído en la edad provecta, y me parecía que una voz familiar y amiga, algo cascada por los años, me enseñaba sin acrimonia la resignación benévola con que debe nuestra mirada melancólica seguir la revuelta corriente de las vicisitudes humanas.

Pero es natural que, habiendo encontrado en esta lectura fuente siempre fresca y abundosa de impresiones acomodadas a la disposición de mi ánimo, desee a otros muchos el mismo refrigerio. De aquí que haya acabado por creer que la mejor manera de honrar al autor del *Quijote* sea no aumentar la secta de los cervantistas, sino acrecer el número de los lectores de Cervantes.

Esto implica, lo confieso, cierto temor de que se malogre ese justificado deseo, que no tengo por mío exclusivo, sino de todos los que a porfía elogian y encomian el peregrino libro. Y mi temor nace de dos clases de consideraciones.

Ha dado sobre el *Quijote* una legión de comentadores, intérpretes, levantadores de horóscopos, descifradores de enigmas y adivinos, que asombran por su número y desconciertan por la misma sutileza de sus invenciones. A fuerza de querer encontrar un sentido acomodaticio a las frases más sencillas y una intención recóndita a los pasajes más claros, hacen sospechar a los desprevenidos que esa obra de verdadero y mero entretenimiento pueda ser un apocalipsis o un tratado de metafísica hegeliana.

A los familiarizados con el libro, este intento de hermenéutica profana divierte o enoja, según los casos, pero no perjudica. Mas no es entre ellos donde se han de buscar los nuevos lectores. A estos debe decirse y repetirse que el *Quijote* es uno de los libros más llanos que se han compuesto; claro como río sereno y caudaloso de ideas, sin confusión; de estilo añejo, como el buen vino, pero no anticuado; que habla del tiempo viejo, pero no de un tiempo tan separado de nosotros que el alma de sus personajes nos parezca extraña y distante de la nuestra. Tantos ejércitos maravillosos describen esos exégetas, que el lector puede amilanarse, o encontrarse chasqueado, cuando se desvanezca toda esa fantasmagoría.

Otros han tomado por distinto atajo. De tal suerte extreman el elogio, que más parecen corifeos entonando un ditirambo que escritores que recomiendan una exquisita obra del ingenio humano. No les niego yo su perfecto derecho a sustituir las razones y aún la razón por perpetuos ¡evohé, ¡evohé! Cada cual expresa su delectación íntima a su manera; pero, desde el punto de vista en que me coloco aquí, temo que el efecto de sus desmesuradas hipérboles sea contraproducente. Lo de desear son lectores sinceros, que vayan, sin prejuicio de *snobismo*, a apurar el contenido de esa rica copa en que escanciaron las gracias, y no individuos que se estén palpando y mirando por dentro con susto, si por acaso no se encuentran, desde las primeras páginas, en un mundo de prodigios, y no se ven suspendidos en cada capítulo a la región de los encantamentos pregonados.

Hacen, sin quererlo, estos críticos tan poco criticistas, el papel del ingenioso Chanfalla en *El retablo de las maravillas*. A fuerza de anunciar portentos, que ellos ven y manosean, parecen declarar memos y bolos a los que no miren por sus ojos y con su mismo ángulo visual. El pobre lector se azora, y aunque dice para sus mientes, ¿sí seré yo de ésos?, proclama a voces que se cierne a dos dedos del empíreo. Ninguno de los confusos espectadores del retablo quería ser judaizante, y ninguno de los atortolados lectores quiere pasar por imbécil.

Aunque me acusen de algo sanchezco, prefiero, para los que lean el *Quijote*, la disposición de espíritu del estudiante del cuento, que se solazaba tendido en el mullido césped y reía a pedir de boca en los pasajes de risa. Ese de seguro no tenía entre manos ningún *Quijote* comentado y puntualizado. Los que han leído la deliciosa fábula por esparcimiento y la han celebrado con risa franca y sana, son los que luego la recuerdan con suave emoción y pueden descubrir la vena de plácida tristeza que va, casi a flor de tierra, serpeando por todo su contexto.

«Mirad, escribano Pedro Capacho—decía el alcalde Benito—haced vos que me hablen a derechas, que yo entenderá a pie llano». Cervantes escribió a derechas: no subamos en zancos a sus lectores.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

9 de mayo, 1905.

Siempre arriba

(Para el *Rep Amer.*)

...En un fortín le vimos trabajar frente al Estero. Asentaba ladrillos, de pie en el andamio. Con movimientos seguros lanzaba cucharadas de argamasa que en seguida recogía afanosamente. Pedía a sus compañeros de faena piedrezuelas, reglas, cuerdas, escuadras, herramientas. Era un ímpetu. Sus brazos se arbolaban de venas al alzar baldes de agua. A cada rato observaba. No sentía el vértigo de la altura. El artesanito ya conservaba la calma exigida ante los abismos. Orgulloso de salud, a unos cincuenta palmos sobre el suelo despreciaba el peligro.

¡Osado muchacho!

Su placer estribaba en admirar el progreso de la obra. Su ideal, el fortín. Es probable que anhelase escalar los cielos como los constructores de la bíblica torre.

Después de larga y recia labor, el albañilito, sentado en un muro, mirando lo azul del espacio rompió a silbar un pausado valse. Tranquilo, dichoso, el joven operario de fuerte talento, entregábase a los ocios de la sana alegría, al igual del pajarillo que elabora su nido en planta amiga y fatigado de revolotear reposa en verde rama mecida por manos invisibles, entre los vagabundeos de su canto. Cada cuál tiene su gusto íntimo: así el marino que navega bajo los halagos del sol; así el labriego enamorado del oro del maíz o de la nieve del arroz; así los que, en fin, traen a la vida granos de entusiasmo para el ave inquieta de la aptitud.

Tened seguridad que ese tierno albañil triunfará. Por qué? Porque labora con amor. El ha emprendido el camino, y, semejante a Hernán Cortés, amacizado de dignidad quemó sus naves de regreso. También sembró a tiempo el moreral para los gusanos de seda de sus próximas realizaciones. Hijo del trabajo—Magallanes de sí mismo—va dando vueltas al mundo: al mundo de sus ansias poblado de llamas azulinas. El es minúsculo y remeda al arador al que sirve de techo la cutícula de una hoja; pero él y su hoja están impregnados de la energía del árbol que se yergue en la montaña que es su firme pedestal.

Arriba, arriba, siempre arriba. Más y más.

El pequeño arquitecto que silbaba en lo alto del fortín estaba aprendiendo a construir santuarios de fe en la amplitud de su alma; y ya los gnomos de su esperanza habían empezado la tarea del esfuerzo interior, capaz de vaciar los mares y de llenar los espacios.

CARLOS JINESTA

San José, Costa Rica, abril de 1940.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica,
Suscrición mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro comun que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSÉ MARTÍ.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3 50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro Bancario sobre Nueva York

Halagos protocolarios

(Nota editorial. Abril de 1940)

Cuando los hombres de los Estados Unidos sajones, hablan de la democracia como el régimen de Gobierno de toda América, no nos sentimos tan simples como para creer que eso lo digan con el corazón alegre. Ellos tienen derecho para ser humoristas y llevan el humorismo en la carne como creen llevar el libre examen en su espíritu. Algunos dicen que en los Estados Unidos sajones, hay gentes que nos comprenden, y nosotros hemos entendido esto no en el sentido de la inteligencia sino en el sentido de la piedad. Deben tenernos lástima los que algo nos quieren o nos observan.

Si hasta nosotros mismos nos tenemos lástima! Los otros deben sonreír.

Lo que interesaría saber es qué encuentran de común entre los sistemas de Gobierno de la América hispánica y el de ellos, los americanos sajones que nos halagan con ese concepto de generalización: la democracia en América. Qué habrá de común? Y si hubiera algo de común, ¿quiénes salen ganando, ellos o nosotros? Porque tendríamos o tenemos que suponer que si ciertos políticos sajones se entusiasman con nuestros gobiernos democráticos, es porque alguna virtud les encuentran. ¿Pero hasta qué punto se entusiasman de verdad? Si se entusiasman! Porque también nos pueden halagar protocolariamente. Creemos que esto último es lo más cierto.

Ahora vamos pasando por un período de estos lirismos protocolarios. Cuando todos los ideólogos pensaban que la doctrina democrática había desaparecido de la faz de la tierra, para hablar en términos bíblicos, a que se sienten tan inclinados los americanos sajones; cuando parecía que había muerto entre el oleaje de sangre y las piedras de los edificios derribados por las bombas en España; cuando creíamos que la doctrina no había podido resistir el análisis disolvente a que la sometieron el nazismo alemán y el fascismo italiano; cuando ya existía toda una literatura de propaganda para crear en el mundo americano la conciencia totalitaria como sustituyente de la democracia; cuando la mayor parte de nuestros gobiernitos se vanagloriaban de existir en una época singular de vuelta al trogloditismo, esto es, al ejercicio pleno del poder político, alguien en los Estados Unidos sajones se acordó de que aquí en la América indo-española, se había implantado y se hacía la experiencia de los sistemas democráticos, y entonces nació ese concepto universal de la democracia americana.

Hoy estamos encantados. Nos parecemos al griego político vagabundo. No sólo tenemos el orgullo de nuestro sistema, sino que vamos a contribuir a salvar al mundo. Estamos llamados a eso. Y ya están los profetas de la salvación, es decir los políticos de esta América Los mismos políticos que ayer extendían el brazo para saludar a la manera germánica, ahora han trasteado las bodegas de nuestras repúblicas para buscar las insignias perdidas de la libertad: el gorro frigio y las banderas republicanas. Y por eso decimos que hay para cierta fiestecita en el continente y que hay que sonreír.

Hay que sonreír ante muchos espectáculos. Por ejemplo, mientras con todos los clarines del pueblo hebreo se proclama al mundo esta cosa nueva que es la democracia de América, el señor Carías de Honduras s e d e j a (así en bastardilla) prolongar el período de gobierno so pretexto de que el señor Carías ha bajado del cielo para gobernar a los hondureños conforme con los principios democráticos y debe conservarse en el puesto hasta que Dios lo llame a juicio. Dichoso pueblo hondureño a quien el cielo le manda sus presidentes al estilo del señor Carías con todos los requisitos necesarios democráticos para hacerlo feliz. El señor Carías no podrá ser menos que los otros señores de Centroamérica que también vinieron del cielo del «Popol Buj» a gobernar a estos pueblos con prolongación de término presidencial. En los Estados Unidos sajones deben sonreírse de tales prácticas democráticas. Deben sonreírse porque ellos tienen una cosa parecida, pero no común con nuestros sistemas. Ellos se prolongan el término presidencial, pero de acuerdo con hábitos establecidos, ponderados en la experiencia del tiempo y no fundados en inspiraciones místicas sino en hechos de la vida. En los Estados Unidos es un partido el que llega al poder y el hombre que lo representa en la Presidencia, se mantiene allí por un nuevo período si el partido acepta su actuación política y le ratifica sus poderes en los comicios. Y si no le ratifica sus poderes, lo manda a pasear y no vuelve a pensar más en él. Y el Presidente se cuida, con su actuación, de satisfacer a sus conciudadanos para merecer de ellos la honrosa confianza de gobernarlos. Todo esto está bien y en los Estados Unidos sajones se practica con cierta ejemplaridad. Pues eso que está bien en los Estados Unidos, nosotros no lo hemos podido usar aquí en nuestra América morena, con virtud. No hemos podido consagrar la reelección presidencial como hábito y más bien hemos tenido que pelear contra el sistema, por muchas razones. Una de esas razones fundamentales es la de que entre nosotros no son los partidos los que llegan al poder sino los hombres, y nos gobiernan estos hombres no con criterio de partido sino con pasiones de hombres. La consecuencia del sistema es el régimen de dictaduras que han sufrido todos estos pueblos. En los Estados Unidos Sajones, no hay dictaduras. No puede haberlas.

Así es que el señor Carías se prolonga su presidencia, y es feliz, aunque el pueblo de Honduras no sea feliz. Y este pueblo de Honduras como otros muchos pueblos de nuestra propia América, puede levantar el grito al cielo en demanda de justicia y sanción de parte de los pueblos ejemplares, y los pueblos ejemplares se contentarán con decir: «los pueblos del Continente debemos unirnos en el común esfuerzo de salvar la Democracia en el mundo». Bonita misión nos han impuesto los Estados Unidos sajones.

Y nada sabemos de Honduras; pero hay y ha habido otros pueblos de América, de esta América imperfecta, que se han debatido entre marejadas de lágrimas y sangre, lanzando ayes por todas sus heridas en el deseo de encontrar una voluntad ejemplar en la tierra que los libre del martirio, y ni siquiera la han hallado en el país de la democracia, desde donde nos viene ahora la exhortación de que debemos salvar la democracia, ya no sólo la de este lado, sino la del mundo entero y hasta la del Universo.

Han cerrado los ojos los Estados Unidos sajones, se han apretado el corazón, y también el epigastro, para tragarse esta espina, la de tener que aceptar que su democracia y la nuestra son hermanas, y que el señor Carías de Honduras haría muy buen papel en la Casa Blanca de Washington. Con qué buena voluntad nos admitirían un ejemplar de gobernantes nuestros para sentarlo donde se ha sentado Mr. Jefferson!



In God We Trust, dice la moneda yanqui ¿No sería mejor que dijera: **In Our Trusts We Trust?**

¿No será que le han dado a Dios lo que es del César?

KUN.